

LOAYSA: APORTES SOBRE EL CAPITÁN A LA ESPECIERÍA

Tomás MAZÓN SERRANO
Ingeniero Técnico de Obras Públicas
Villanueva de La Serena (Badajoz, España)
Recibido: 24/05/2025 Aceptado: 20/07/2025

Resumen

El cronista de Indias Gonzalo Fernández de Oviedo dijo de él que se trataba de un «buen caballero, y persona de experiencia en la guerra de la mar y de la tierra». Sin embargo, es muy poco lo que hasta el momento se ha podido concretar acerca de la trayectoria vital de García Jofré de Loaysa, capitán general de la expedición castellana enviada a la Especiería en 1525. Por ello, con este artículo se pretende exponer el resultado del estudio en archivos históricos y cronística, dedicado a intentar indagar quién fue, tanto en su faceta personal como al servicio de Carlos I y de la Orden de San Juan –la prestigiosa institución militar a la que pertenecía–, lo que nos ayudará a comprender las razones que llevaron a su elección al frente de una expedición tan insigne en su tiempo.

Palabras clave: Loaysa, Elcano, Pacífico, navegación, Especiería, s. XVI.

Abstract

The Spanish chronicler Gonzalo Fernández de Oviedo said of him that he was a «good knight, and a person with experience in both naval and land warfare». However, very little has been concretely established about the life path of García Jofré de Loaysa, the general captain of the Castilian expedition sent to the Spice Islands in 1525. Therefore, this article aims to present the results of the study in historical archives and chronicles dedicated to attempting to gather information about who he was, both in his personal life and in his service to Charles I and the Order of Saint John –the prestigious military order to which he belonged– and which will help us understand the reasons behind his appointment to lead such a distinguished expedition in his time.

Keywords: Loaysa, Elcano, Pacific, navigation, Spice Islands, XVI Century.

Introducción

Es posible que ninguno de los integrantes de la expedición de Magallanes sospechara que, mientras ellos se encontraban al otro lado del mundo en búsqueda de las míticas islas de la Especiería, en Castilla se empezaba a gestar una nueva armada hacia allí.

Siguiendo la iniciativa de los mercaderes burgaleses Diego de Covarrubias y Juan de Mota¹, el 7 de diciembre de 1521 Carlos I dispuso que se iniciara la construcción de tres naos para enviar a la Especiería, que habrían de zarpar sin necesidad de esperar a recibir noticias de los de Magallanes. Según ordenaba, esas naos debían diseñarse «a la manera que se acostumbraban de hacer en Portugal, (...) fuertes de función y talle, que soporten muy bien la vela, y que no demanden mucha agua, porque para la navegación que placiendo a Dios con ellas se ha de hacer es así necesario»².

Para ello se contó con la implicación de dos personas a su vez protagonistas de aquel primer viaje. Se trataba del factor también burgalés Cristóbal de Haro, que se ocuparía del impulso financiero, y del piloto Esteban Gómez, natural portugués, llegado hacía escasos meses tras haber renunciado a proseguir durante la exploración del estrecho de Magallanes, poniendo rumbo de

(1) Archivo General de Indias (AGI), Patronato, 46, R.28.

(2) AGI, Contaduría, 425, N.2, R.2, s.f.

vuelta a España. Gómez todavía se encontraba bajo sospecha por ello, pero su experiencia y capacidad lo convirtieron en alguien valioso a quien confiar la fábrica de los nuevos navíos, que con presteza se empezaron a construir a orillas de la ría de Bilbao, en Portugalete.

Esta fue la génesis del segundo viaje que partió desde Castilla hacia la Especiería, aunque todo cambió cuando una sola de las cinco naos que habían partido con Magallanes arribó con la noticia del descubrimiento de las islas de las Especies y, más que eso, haciendo gala del que su capitán afirmaba haberse convertido en su principal logro, es decir, haber «descubierto e redondeado toda la redondeza del mundo»³.

Buena parte de los diecisiete marinos que habían regresado con Juan Sebastián de Elcano en la nao *Victoria* acudieron a Valladolid para ser recibidos por el recién nombrado emperador. Quizá impresionado por su aspecto —«flacos como jamás hombres estuvieron»⁴, en palabras del propio Elcano—, y sin duda animado por las expectativas de venta de las veintisiete toneladas de clavo que trajeron, Carlos V dispuso entonces que aquellos navíos se terminaran y pertrecharan con rapidez, para que zarparan en el mes de marzo de 1523⁵. Sin embargo, esa armada debería reforzarse con tres naves más porque su misión ya no iba a consistir solamente en explorar e intentar regresar con las bodegas cargadas de especias. Eso ya lo había conseguido Elcano y, ahora, los castellanos debían acudir también con el propósito de quedarse y fundar en aquel remoto archipiélago una nueva gobernación, como acostumbraban hacer en Indias. Consciente de que en tan breve plazo sería imposible construir esas tres naves adicionales, ordenó que estas fueran seleccionadas y requisadas en los puertos vascos⁶.

El Emperador tomó entonces otras iniciativas para impulsar el proyecto porque, además, se empezó a hablar no solo de una, sino de varias expediciones que se armarían hacia el Maluco consecutivamente. En este sentido, la medida de mayor calado consistió en la creación de una nueva Casa de Contratación de la Especiería, que se emplazaría en La Coruña con autonomía respecto a la Casa de Contratación de Indias de Sevilla, aunque sus funciones serían similares porque con ella se facilitaría la logística necesaria y se fijaría la futura regulación del comercio de las especias⁷.

(3) AGI, Patronato, 48, R.20, f. 2r.

(4) *Ibídem*.

(5) AGI, Contaduría, 426, N.1, ff. 1r-2r.

(6) *Ibídem*.

(7) Archivo Municipal de La Coruña (AMC), sign. Caixa 2618-115. Publicada y estudiada por varios investigadores, según recopilación y análisis de antecedentes en MANSO PORTO (2024).

Por otra parte, Carlos V creó condiciones ventajosas encaminadas a propiciar la entrada de capital proveniente de inversores privados, y para ello dio la que quizá fue una de las claves de la elección de García Jofré de Loaysa como capitán general de la nueva armada al Maluco. Parece que, en contraposición a un Magallanes que había resultado problemático y controvertido antes incluso de partir, esta vez afirmaba que elegiría a alguien de su máxima confianza por tratarse de «un caballero principal de nuestros reinos»⁸, probablemente con el fin de inspirar seguridad a los inversores potenciales.

El objetivo de partir con premura no tardó en demostrarse demasiado ambicioso, y los plazos empezaron a dilatarse. A ello se sumó que Juan III de Portugal no permaneció de brazos cruzados, pues tras la llegada de Elcano empezó a reivindicar la posesión de las islas del Maluco, aunque hasta entonces había mantenido en secreto que varias expediciones portuguesas habían conseguido llegar a ellas⁹. El rey portugués propuso entonces a Carlos V mantener unas reuniones para dirimir a qué reino pertenecía el archipiélago del Maluco, tanto bajo criterios geográficos como jurídicos, según los términos del vigente Tratado de Tordesillas¹⁰. Fue la que vino a llamarse como Junta de Badajoz-Elvas, celebrada entre abril y junio de 1524, que concluyó sin ningún acuerdo y con la impresión entre los castellanos de que se había tratado de una maniobra premeditada de los lusos para ganar tiempo, buscando consolidar su presencia en las islas antes de que los castellanos pudieran regresar (LÓPEZ DE GÓMARA: cap. C).

Fue entonces cuando se recobró el impulso decidido que permitiría zarpar a la nueva expedición desde La Coruña el 24 de julio de 1525, con aquellos tres navíos construidos en Portugalete –nombrados como *Santa María de la Victoria* para el caso de la capitana, la *San Gabriel* y la *Anunciada*– y uno más, probablemente embargado al capitán Juan Nicolás de Artieta¹¹ y llamado *Sancti Spiritus*, también pertrechado en Portugalete, más otros tres navíos de nueva manufactura construidos en La Coruña, que fueron las carabelas *Santa María del Parral* y *San Lesmes*, y un patache que se vino a llamar *Santiago*. Además, portaron en las bodegas otro patache desmontado en piezas con intención de montarlo en el Maluco¹².

(8) AGI, Patronato, 37, R.6, f. 1v.

(9) Son múltiples los testimonios de ello por parte de supervivientes de la primera vuelta al mundo. Los más detallados quizá sean los de Gonzalo Gómez de Espinosa, León Pancaldo y Ginés de Mafra en AGI, Patronato, 49, R.4.

(10) Torre do Tombo, gav. 18, mc. 2, n.º 15.

(11) Alguien bien conocido por el Emperador puesto que, entre otros servicios, con él había viajado a España desde Flandes en 1517. AGI, Indiferente, 420, L.9, f. 4v.

(12) AGI, Contaduría, 427.

Juan Sebastián de Elcano fue designado capitán de la segunda nao¹³, la *Sancti Spiritus*, pese a que el vasco no había dudado en ofrecerse a ocupar el puesto de capitán general de cualquier nueva expedición hacia el Maluco. Además, cabe subrayar que lo había hecho apenas después de su regreso desde allí¹⁴, ofreciendo con ello un poderoso argumento para destacar su audacia. Sin embargo, Carlos V terminó eligiendo para el puesto a alguien próximo a quien conocía bien y que, además de servir como gentilhombre de su casa, ejercía de comendador para la Orden de Caballeros Hospitalarios de San Juan. Se llamaba García Jofré de Loaysa –o Loaísa–. Antes de la partida se le añadió el cargo de gobernador del Maluco, para el cual desde el Consejo de Indias se habían manejado otros candidatos¹⁵. De este modo, Loaysa acabaría viajando con billete solo de ida, dado que debería permanecer en el archipiélago organizando esa nueva gobernación.

¿Quién fue este capitán y por qué apareció en escena al frente de esta expedición? La historiografía nunca ha aclarado cuáles fueron los méritos que le llevaron a ser elegido para asumir estas altas responsabilidades. Por el contrario, sobre él han recaído recurrentemente insinuaciones acerca de lo que parece tratarse de un caso de nepotismo, por la semejanza de su nombre con el del por entonces presidente del Consejo de Indias y confesor personal del emperador Carlos V, el talaverano García de Loaysa y Mendoza. Sin embargo, como vamos a pasar a detallar, la trayectoria de frey García Jofré de Loaysa lo convertía en un excelente candidato al puesto con independencia de ese hipotético nepotismo.

García Jofré de Loaysa y la Orden de San Juan

Para entender a García Jofré de Loaysa resulta necesario acercarse, aunque sea brevemente, a la institución a la que perteneció: la Orden de San Juan. Fundada en torno al año 1048, y reconocida por el Papa en 1113, esta organización –en nuestros días conocida como la Soberana y Militar Orden Hospitalaria de San Juan de Jerusalén, de Rodas y de

(13) Aunque el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo afirmó que además iba como piloto mayor, si nos atenemos a la documentación archivada, este cargo recayó exclusivamente en Rodrigo Bermejo, por entonces piloto de la Casa de Contratación de Indias.

(14) Archivo Histórico de Euskadi. Localización: doña Anne-Marie Christophe Lardizabal; fondo: Archivo de la torre de Laurgain, Lardizabal, Anexo, Olim 15, 09.

(15) Don Íñigo Manrique, alcaide de Málaga y, en caso de que no aceptase, don Miguel de Herrera, alcaide de Pamplona. AGI, Patronato, 37, R.11.

Malta— es considerada una de las más antiguas del mundo, solo superada por la Iglesia de Roma.

En sus inicios, la orden se dedicó a la atención de peregrinos cristianos en Tierra Santa, actividad que inspiró el sobrenombre de «hospitalarios» dado a sus caballeros. Sus miembros encarnaban el ideal medieval del *miles Christi*, soldados consagrados a la fe, combinando la vida monástica con el compromiso militar. Con el paso de los siglos, la vida de los caballeros sanjuanistas se fue secularizando (BARQUERO GOÑI: 2009), aunque la actividad bélica continuó siendo central. Tras la pérdida de Tierra Santa y un breve asentamiento en Chipre, la orden estableció su sede en Rodas en 1309.

Expertos en la guerra naval, en la cual volcaban su gran capacidad económica, sus caballeros no solo rechazaban con éxito los ataques otomanos defendiendo este enclave estratégico en el Mediterráneo oriental, sino que imponían un notable hostigamiento naval sobre sus adversarios.

A la función de combatir a los infieles se adhirió el carácter de custodia de la esencia de lo noble. La pertenencia a la orden exigía una nobleza demostrada, acreditando linaje en los cuatro abuelos. Este requisito la convirtió en una de las instituciones más elitistas de su tiempo. De hecho, de entre todas las órdenes militares se trataba de la más exigente en este sentido, lo que otorgaba a sus caballeros un enorme prestigio social, dado que no solo encarnaban los más altos valores de la época en su quehacer diario, sino que lo hacían desde una institución que certificaba la limpieza del linaje y del honor y que, por tanto, era emisora y garante de privilegio y reconocimiento social (RIVERO RGUEZ.: 2009).

Los caballeros vestían de negro en la vida diaria y de rojo en el combate, siempre mostrando sobre el pecho la cruz blanca de ocho puntas u «octógona»¹⁶, símbolo de las bienaventuranzas. Estaban excluidos del ingreso «quienes no fueran gallardos y bien compuestos de cuerpo, hechos a las fatigas, de salud próspera, de sano intelecto y adornados de buenas costumbres»¹⁷. Desde el siglo XIV, los caballeros estaban obligados a «correr las caravanas», nombre que daban a sus habituales patrullas

(16) AGUIRRE, Domingo de. *Descripción histórica del Gran Priorato de San Juan Bautista de Jerusalén en los reynos de Castilla y León*. Biblioteca del Palacio Real, IBIS RB II/1541.

(17) *Códice del sacro militare Ordine Gerosolimitano riordenato per comandamento del Sacro Generale Capitulo celebrato nell'anno MDCCLXXVI, sotto gli auspici di Sua Altezza Eminentissima il Gran Maestro Fra Emanuele de Rohan*. Malta, 1787, título II, III, p. 40.

navales en las galeras de la orden (BROGINI: 2009).

Como veremos, gracias a ello García Jofré de Loaysa debió de adquirir gran experiencia en la guerra de galeras, aunque esto solo podamos inferirlo a la vista de sus actuaciones en servicio directo a Carlos I, que se encuentran bastante bien documentadas. En cambio, resulta ciertamente difícil seguir el rastro documental de su actividad para la orden, quizá a causa del incendio y destrucción que las tropas francesas provocaron en el archivo de Consuegra durante la guerra de la Independencia.

Al servicio de la orden, Loaysa alcanzó el rango de comendador, cuya función consistía en administrar los bienes de una encomienda, es decir, un gran latifundio de cuyos ingresos se destinaba una parte a la sede central de la orden, que con ello fue consolidando un inmenso patrimonio. A efectos organizativos, los comendadores estaban subordinados a los priores de cada «lengua» o división territorial; la máxima autoridad era, y sigue siendo, el Gran Maestre.

Debemos acudir a dos reales cédulas, de 1530¹⁸ y 1531¹⁹, respectivamente, para encontrar que la encomienda administrada por García Jofré de Loaysa fue la de Barbalos, en Salamanca. En la primera de ellas, la esposa de Carlos V, doña Isabel de Portugal, se dirigía al Gran Maestre para solicitarle que no designase un nuevo titular para esta encomienda y así «no causar



Imagen 1. Caballero sin identificar de la Orden de San Juan. Pintura anónima en el palacio de los marqueses de Mirabel, Plasencia. Fotografía del autor.

(18) AGI, Indiferente, 422, L.14, ff. 79r-79v.

(19) Archivo General de Simancas (AGS), CCA, CED, 85-2, ff. 112v-113r.

perjuicio al comendador Loaysa». Según afirmaba, lo hacía «por ser cosa justa y razonable», dada la esperanza, que se revelaría infundada, de que siguiera con vida. La segunda de estas reales cédulas iba firmada por el propio Emperador e insistía al Gran Maestre en esta misma idea por cuanto, según afirmaba, la orden había nombrado un sustituto a cargo de la encomienda y, en consecuencia, le pedía preservar los privilegios del comendador Loaysa «hasta que no aya nueva cierta que es muerto, y no se haga cosa en su perjuicio de que siendo bibo resçiba agravio».

El Archivo Histórico Nacional conserva unos poderes relacionados con esta encomienda salmantina, otorgados en 1524 –un año antes de la partida de la expedición– y 1530²⁰. Este último poder confirma la identidad de frey Luis de Turienzo como comendador sustituto de Loaysa, coincidiendo con lo indicado en la mencionada real cédula de Carlos V. En cambio, en la de 1524 se menciona como comendador a frey Diego Lorenzana, lo cual apunta hacia que Loaysa hubiera sido adscrito a esta encomienda poco después. Por otra parte, la cercanía geográfica de Salamanca a Plasencia, ciudad estrechamente ligada a la familia de Loaysa, refuerza la veracidad de su vínculo con la encomienda salmantina.

La trayectoria vital de Loaysa ejemplifica bien la costumbre que había arraigado a principios del siglo XVI entre los caballeros sanjuanistas, al menos en España, de repartir sus servicios prestándolos no solo a la orden, sino también directamente a su rey. Sobre esta faceta de su actividad vital sí hemos encontrado documentación, y sobre ella vamos a comenzar a tratar.

Identificación de Loaysa como embajador ante el Gran Turco

Quizá el hecho más sorprendente de cuantos protagonizó el comendador Loaysa fue el de acudir como embajador de Carlos I ante el Gran Turco. A finales de enero de 1519, es decir, mientras los de Magallanes preparaban en Sevilla su partida, él se vio cara a cara con el líder de los otomanos y por entonces principal enemigo de la cristiandad, Selim I. Además, contamos con un relato en primera persona de su viaje y de su encuentro, relato en que el propio Loaysa nos proporciona detalles muy jugosos para conocer no solo al sultán, sino también a él mismo²¹.

(20) «Encomienda de Salamanca años 1524-1765». Archivo Histórico Nacional (AHN), OM, 759, s.f.

(21) Real Biblioteca del Palacio Real de Madrid, Ms-II/2222, ff. 1r-2v. He publicado una transcripción propia en MAZÓN SERRANO: 2024.

Pero antes de ello conviene asegurarnos de la identidad del Loaysa embajador, y vamos a poder hacerlo de forma incuestionable gracias a un coetáneo suyo que así lo dejó escrito. Se trata de Pedro Mártir de Anglería, un humanista en la Corte, al servicio de los Reyes Católicos y después de Carlos I, que mantuvo una extraordinaria red de contactos mediante una intensa actividad epistolar. Sus cartas conforman un gran corpus documental sobre la época, y en ellas el García de Loaysa capitán a la Especiería fue mencionado en repetidas ocasiones como embajador ante el Gran Turco. Decía así Anglería cuando relataba la salida desde La Coruña de la expedición al Maluco en 1525: «El general de la armada, Fr. García de Loáisá, crucífero de San Juan, que hace cuatro años²² fue enviado por el César de embajador al gran príncipe de los turcos ...» (MÁRTIR DE ANGLERÍA: 1944, p. 627).

El cronista volvería a mencionar como embajador a «García, de apellido Loaysa, comendador de San Juan» en las epístolas 632 y 641 recopiladas en su *Opus Epistolarum* (1670). En la última de ellas explicaba que se entrevistó con él tras su regreso a Barcelona, donde el comendador le contó personalmente su encuentro con el líder otomano. De hecho, algunas de las expresiones que utilizó Anglería en este escrito para describir a Selim I coinciden con las que encontraremos en la mencionada relación del propio Loaysa sobre su viaje.

El motivo de la embajada fue el espionaje. Loaysa acudió al corazón del Imperio otomano para recabar información acerca de las fuerzas enemigas e intentar averiguar si el sultán pretendía atacar la isla de Rodas. Tenía por tanto todo el sentido que Carlos I hubiera elegido para ello a alguien de su confianza, pero a la vez también de la Orden de San Juan. Nos lo explica el cronista Bartolomé Leonardo de Argensola, que decía así:

«Tratando entonces la cristiandad de juntar sus fuerzas para destruir o expugnar al turco, era forzoso que precediese noticia verdadera del estado de su fortuna, para lo cual sería estratagemas importante enviarle un embajador. Buscando pues persona del juicio y esfuerzo convenientes a un discreto explorador, lo halló en la Religión Militar de San Juan, y allí escogió al comendador don García Jofré de Loaysa» (ARGENSOLA: 1630, p. 564).

Según esta crónica, de nuevo la correlación del Loaysa embajador con la del Loaysa capitán de la expedición al Maluco no ofrece lugar a dudas,

(22) En realidad, hacía seis años del suceso, los comprendidos entre el año de la partida hacia la Especiería (1525) y el del regreso de la embajada a Edirne (1519).

puesto que más adelante leeremos que «no solamente el comendador frey García de Jofré ejecutaba por tierra los intentos que se le acometían del servicio del rey, sino por la mar con toda perfección como lo veremos en el año de 1525 que, siendo general de una armada, atravesó por los más incógnitos senos del océano» (ib., p. 674).

Evidentemente, hubo que buscar una razón para justificar el viaje ante el Gran Turco, para lo cual se recurrió a unos propósitos similares a los ya argüidos en dos ocasiones recientes: la embajada de Pedro Mártir de Anglería de 1501 ante el soldán mameluco de Egipto, enviada por los Reyes Católicos (SHABAN MURSI: 2011), más otra posterior encargada por la Orden de San Juan al comendador castellano frey Diego de Lorenzana en 1516 (ARGENSOLA: 1630, p. 565) –a quien ya hemos mencionado como titular de la encomienda de Barbalos en 1524–. En ambos casos se pretendió que no se persiguiera a los cristianos que acudían en peregrinación a los Santos Lugares, y evitar represalias contra los coptos. Tras la reciente conquista de Egipto por los otomanos, había quedado sin efecto lo acordado en aquellas embajadas, así que Carlos I encontró en ello el propósito a declarar ante el Gran Turco.

Según el propio Anglería contaría en una de sus cartas, el joven rey le propuso inicialmente a él mismo repetir como embajador, aunque él declinó el encargo por su avanzada edad (MÁRTIR DE ANGLERÍA: 1670, epíst. 627). Fue entonces cuando Loaysa entró en escena. La carta que Carlos I le entregó para el Gran Turco le refería de este modo: «Enviamos a vos por nuestro enbaxador al comendador fray García de Aloysa, gentil onbre de nuestra casa real llevador de la presente. (...) Rogamos le mandéis oyr e dar crédito entero»²³.

Esta carta fue fechada en Zaragoza el 5 de noviembre de 1518, así que a continuación Loaysa completó los últimos preparativos para el viaje y partió sin más demora dos días después. Por cronística recibimos una última y breve noticia de ello a través de Gonzalo de Sandoval²⁴.

El viaje hasta Adrianópolis

A continuación, seguiremos la relación propia del comendador sobre el viaje hasta Adrianópolis y su encuentro con el Gran Turco, la cual

(23) Ambas en la Real Biblioteca del Palacio Real de Madrid, Ms-II/2222, f. 1r.

(24) «Estando el Emperador en Zaragoza embió a fray Garcijofre de Loaysa, cavallero de la Orden de San Juan, con cartas al Gran Turco Solimán [*sic* por Selim]». SANDOVAL: 1634, ff. 136-138.

comienza así: «En siete días del mes de noviembre, año del nacimiento de Nuestro Salvador Jesucristo de myll e quinyentos e dies e ocho años, partí de la çibdad de Çaragoça, que es en España».

Durante los primeros trece días cabalgó nada menos que 1.500 km hasta la ciudad italiana de Ancona, a orillas del mar Adriático. Desconocemos la edad de Loaysa, pero la distancia recorrida sugiere su buena condición física en este momento, más aún si tenemos en cuenta que el viaje incluyó el paso de los Alpes.

En Ancona tomó una carabela hasta Ragusa –hoy Dubrovnik–, donde tuvo que esperar doce días hasta recibir un salvoconducto que le permitiera adentrarse en los próximos territorios bajo el poder del Gran Turco, salvoconducto que le fue entregado por el embajador otomano en aquella región. Cuando al fin marchó de Ragusa, contaba Loaysa que fue escoltado con toda honra, puesto que «salieron conmigo muchos gentiles onbres ragusinos, que me acompañaron hasta el último de sus confines».

La marcha desde entonces fue mucho más lenta. Pese a ello, la relación de Loaysa resulta parca en detalles, aunque no deja de señalar lo mucho que le llamaron la atención Bosnia y Serbia, por su gran fertilidad y, en el caso de la primera, también por la cantidad de plata que se extraía de sus minas. Finalmente, el 28 de enero de 1519, la ciudad de Adrianópolis apareció ante su vista en la confluencia de tres ríos, extendiéndose entre la ladera de una montaña y un valle llano para dar morada a «hasta ocho o nueve myll vecinos».

Conforme se acercaba, acudió a su encuentro el que dijo ser un hombre principal de la corte de Selim I, quien le escoltó y le llevó hasta un alojamiento que Loaysa describió como «honrrada posada». Tardó al menos tres días en ser recibido por el Gran Turco, durante los cuales tuvo ocasión de entrevistarse personalmente con dos de sus ministros principales.

Cara a cara ante el Gran Turco

Al fin llegó el momento. Un nutrido número de caballeros acudió para acompañarle hasta el palacio de Selim I. Una vez allí, le hicieron esperar en una gran sala hasta que el líder otomano estuviera listo para el encuentro. La actitud que tomaron entonces con Loaysa tanto sus guardias como sus principales ministros podría dar a entender que su presencia les resultaba cuando menos inquietante. No se fiaban de él, algo por otra parte bastante comprensible si tenemos en cuenta a qué se dedicaban los caballeros de la Orden de San Juan. Según Loaysa contó, primero trataron de

tomarle la carta que traía de Carlos I y, aunque en principio se negó, terminó accediendo a ello por evitar sospechas de que estuviera envenenada. Tardaron quince minutos en devolvérsela —para su enojo, «quasi mal cerrada»—, y entonces le preguntaron si iba armado. Pese a negarlo, llegaron incluso a cachearlo, ante lo cual Loaysa sacó a relucir su dignidad y, a riesgo de malograr tan largo viaje, dijo que «si de my avía alguna sospecha e la tenyan, que lo mejor e más seguro era no entrar donde estaba el gran señor». Le apaciguaron diciendo que aquello no era más que una costumbre en aquella corte y que, por supuesto, no dudaban de él.

No cabían más precauciones, así que Loaysa fue conducido por fin a la sala en que esperaba el Gran Turco. Este se encontraba sentado sobre una almohada en mitad de una tarima central, flanqueada por un arco y una cimitarra, únicos ornamentos con los que contaba el salón, que le pareció vacío y «sin ningún aparato». El aspecto del sultán decepcionó al caballero sanjuanista, que lo describió como alguien enclenque, enfermizo y deforme:

«Es el turco de hedad de quarenta hasta çinquenta años, poco más o menos. Su persona es de muy dimynuydo e pequeño cuerpo. La color del rostro es como de onbre que ha tenydo tiriçia. Los ojos de la mysama forma. Tiene la frente muy ancha [y] los ojos grandes, tanto que causan en su persona estas dos diformidades. Es avierto de los pechos».

Tras poner pie en la sala, Loaysa hizo una reverencia, se adelantó un poco y volvió a repetir el gesto. En ese momento, Selim I se levantó, «mas no del todo; abaxó la cabeça bien vaxa, e tornose a asentar». El comendador quiso entonces acercarse más al sultán para tomarle la mano, pero sus ministros se lo impidieron. Algo desconcertado, preguntándose si lo habrían hecho para preguntarle algo, esperó un poco hasta que optó por sacar la carta de Carlos I para entregársela al Gran Turco, aunque uno de los acompañantes de este se precipitó a cogerla.

El nerviosismo era evidente. Loaysa siguió tomando la iniciativa diciendo «cómo el rey católico de España se le encomendava como a quien todo bien deseaba e onrra». Ni por esas pronunció palabra el sultán, así que el comendador rompió el incómodo silencio explicando el fin declarado de su embajada, según el cual Carlos I pretendía obtener garantías de seguridad para los peregrinos a Tierra Santa y los coptos de Egipto. De nada sirvió porque, según Loaysa, «no respondió a todo esto cosa del mundo», así que se detuvo y «quando vi que no respondía ninguna cosa, salime fuera». El comendador dio media vuelta y, sin duda para alivio de los presentes, marchó.

Pese a que el encuentro dio para poco, nuestro caballero terminó recibiendo de Selim I una respuesta formal por carta dirigida al monarca castellano, en la cual aquel lamentaba que este no hubiera otorgado poderes a Loaysa para haber podido cerrar de inmediato el acuerdo que le ofrecía, mediante el que, como compensación, el sultán pedía un trato favorable hacia sus súbditos en las zonas en conflicto²⁵.

Por otra parte, las conversaciones que Loaysa pudo mantener durante los días sucesivos en que permaneció en la ciudad antes de emprender el regreso sirvieron para que obtuviera informaciones muy diversas acerca de Selim I. Su opinión en relación con él resultaba contradictoria, puesto que por su aspecto le parecía «benigno e humano», aunque por sus acciones lo describía como alguien cruel («tiene en muy poco mandar matar») y, entre otras cosas, como un mentiroso y un avaro, utilizando expresiones que en nuestros días resultan realmente graciosas, como que «es escaso e mysero cosa yncreyble», «no mantiene cosa que promete» o «es tenydo por myntiroso e quebrantador de su palabra».

En cuanto a las fuerzas de guerra otomanas, Loaysa pudo concretar que en los puertos de Constantinopla y Galípoli se reunían más de 350 galeras, junto con «otros navíos sin cuento», además de fustas para llevar caballos y municiones y un gran número de tropas.

Partió de Adrianópolis el 17 de febrero y, en el momento de hacerlo, recibió como presente de parte de Selim I una aljuba de brocado y cien ducados, que el comendador se vio obligado a tomar por cortesía aunque, según explicó, a continuación regaló todo a unos turcos que había en la posada, «de manera que conmygo no quedó cosa alguna, ducados ny aljuva». Apenas dio datos sobre el regreso, salvo que embarcó en Salónica y desde allí hizo traslados sucesivos por mar que lo llevaron a Vlöre (Albania), Otranto, Nápoles y Barcelona, donde concluyó el viaje sin que sepamos exactamente en qué fecha.

Según Argensola (1630, p. 674), allí se entrevistó en privado con Carlos I, quien al terminar consideró que la embajada había resultado «de provecho». Por su parte, Pedro Mártir de Anglería (1670, epíst. 641) dejó constancia en una de sus cartas de que Loaysa le relató personalmente los pormenores de la embajada («me dio cuenta detallada de su recorrido», afirmaba). En ella venía a confirmar la opinión causada en el comendador por Selim I, de quien no alcanzó a saber si «hablaba o era mudo», describiéndolo como «falaz, mentiroso y avaro», y también «justiciero y temido de todos».

(25) Una copia de esta carta, junto a la relación de Loaysa acerca de su embajada, se encuentra en la Real Biblioteca del Palacio Real de Madrid, Ms-II/2222, f. 1r.

Antes de terminar con el paso de Loaysa por Barcelona, resulta interesante fijarnos en que probablemente coincidió con el de Antonio Pigafetta, también caballero de la Orden de San Juan, que acompañaba a monseñor Chiericati, nuncio del papa León X. Pigafetta pidió allí mismo a Carlos I licencia para embarcarse con Magallanes al conocer que se organizaba su expedición. Según él mismo terminaría explicando en su relación sobre el viaje de la primera vuelta al mundo, en Barcelona embarcó hacia Málaga, y desde allí viajó por tierra a Sevilla, «donde estuve unos tres meses esperando que dicha flota se pusiera a punto para zarpar» (PIGAFETTA: 2012). Aunque no sea una frase muy concluyente en cuanto a las fechas, hace que podamos conjeturar que Loaysa y Pigafetta pudieran haber coincidido en Barcelona durante la primavera de 1519, lo cual daría un sabor especial a este paso del comendador por la ciudad condal.

Su primer rastro: de Mesina a Bruselas en 1516

La gran confianza que Carlos I depositó en García Jofré de Loaysa durante un momento tan reciente de su reinado como finales de 1518, al enviarle como embajador ante el Gran Turco, nos hace entrever que no era esta la primera vez que el comendador ejercía algún servicio para el joven monarca. Tanto es así que vamos a encontrar documentado que Loaysa acudió desde Mesina hasta Bruselas para entrevistarse con él en la primavera de 1516, es decir, poco después de la muerte de Fernando el Católico.

El comendador acudió enviado por el valenciano don Hugo de Moncada, virrey de Sicilia por nombramiento del rey Fernando y, a la vez, prior de la Orden de San Juan —es decir, alguien de un perfil bastante parecido al del propio Loaysa—. Lo hizo para poner al corriente al heredero de la revuelta sufrida en la ciudad siciliana de Palermo tras conocerse la muerte del monarca, a la vez que para darse a conocer, ofrecerle lealtad y buscar su confirmación en el cargo. Decía así Moncada en abril de 1516: «A V.A. escribí con el comendador Loaysa, que envié a besar los reales pies y manos de V.M.»²⁶. Además, por otras cartas posteriores que Hugo de Moncada dirigió al joven heredero, sabemos que Loaysa permaneció con este en Flandes, como mínimo, hasta julio de ese año de 1516 («suplico a V.A. mande oír de mi parte al comendador Loaysa»²⁷, le decía el 20 de julio).

(26) Carta de don Hugo de Moncada a Carlos V en que le da las gracias por haberle confirmado en el oficio de virrey de Sicilia. Mesina, abril de 1516. PIDAL y SALVÁ: 1854, p. 166.

(27) *Ibídem*, p. 197.

Es probable que su estancia en Bruselas se prolongara incluso algo más, porque coincidió que por entonces se dirimía allí a quién se propondría como candidato a prior de Castilla de la Orden de San Juan, con dos altas personalidades en liza: Antonio de Zúñiga, hermano del duque de Béjar, y don Diego de Toledo, hijo del duque de Alba. De hecho, estos fueron unos meses muy animados en la corte de Bruselas puesto que, como es bien conocido, acudió hasta allí un gran número de nobles españoles para darse a conocer ante el heredero y tratar de abrirse un hueco entre sus consejeros flamencos. Se fraguaron así las relaciones de poder que pronto se implantarían en España, y García Jofré de Loaysa fue testigo de ello.

Gentilhombre de la Casa del Rey

Desde su paso por Bruselas en 1516, encontramos al comendador Loaysa registrado como gentilhombre al servicio de Carlos I. Así, figura como «García de Loaysa» en el registro de gentileshombres de la Casa de Aragón del Emperador y de la reina Juana, donde se mantuvo hasta 1523, año en que pasó a formar parte de los gentileshombres de la Casa de Borgoña del Emperador (MTNEZ. MILLÁN: 2000, p. 223).

De este modo, y según hemos adelantado, Loaysa no solo ostentaba un cargo relevante dentro de la Orden de San Juan, sino que además formaba parte de un grupo selecto de hombres de confianza del rey que eran elegidos para prestarle servicios directos, recibiendo por ello una retribución fija. El de los gentileshombres se parecía mucho al cuerpo de continos, aunque ambos grupos se diferenciaban fundamentalmente en que estos últimos trabajaban para el rey por periodos continuados y en exclusividad.

Para reforzar esto, ya hemos visto cómo el propio Carlos I se referiría a él en calidad de gentilhombre en la carta que dirigió al Gran Turco: «Nos enviamos a vos por nuestro embaxador al comendador fray García de Aloysa (*sic*), gentilonbre de nuestra Casa Real, llevador de la presente, para que de nuestra parte vos hable çiertas cosas que él dirá».

También recibiremos confirmación de su ejercicio de gentilhombre por parte del propio Loaysa, quien al dictar testamento en mitad del océano Pacífico quiso aclarar que el sueldo como tal correspondiente al año en que zarpó la expedición al Maluco se le debía ajustar hasta el día de la partida, y no hasta 68 días más tarde, según había quedado asentado: «Digo e declaro quel maestro de la cámara de Su Mag. está

debdor de más de lo que mys salarios de gentilhonbre de Su Mag. están acreídos ...»²⁸.

Por el importe que Loaysa declaraba, se le habían pagado más de 6.890 maravedís por aquellos 68 días. Esto nos lleva a calcular que recibía un salario anual de cerca de 37.000 maravedís por el ejercicio de gentilhonbre, una cifra meramente simbólica para alguien de su elevado nivel económico, como veremos.

Capitán de las galeras para la defensa de la costa

En 1517, Carlos I confió en Loaysa para liderar una misión de guerra naval. Se trataba de hacerse cargo de las galeras españolas con el fin de defender las costas del sureste peninsular de la amenaza berberisca. Con ello, el rey trataba de dar respuesta a la voz de alarma lanzada por el concejo de Almería, que le escribió el 21 de marzo de 1517 pidiendo galeras y guardas ante un posible ataque de Barbarroja y los reyes de Fez y Vélez de la Gomera²⁹.

Poco después, Adriano de Utrecht y el señor de La Chaulx comunicaban que la amenaza berberisca se centraba en un posible ataque organizado por los reyes de Tremecén, Túnez y «Barbarroja» con ayuda del Turco, manteniéndose la necesidad de defender las costas de Almería³⁰. De este modo, Carlos I dispuso el 30 de abril «que las galeras de nuestros reinos estuviesen aderezadas e puestas en orden, e a punto de guerra de todo lo que oviesen menester», y para ello enviaba a Nápoles a don Hugo de Moncada, quien debería entregar las que allí reuniera «a fray García de Loaysa, comendador de la horden de San Juan»³¹, porque, según decía, «de su persona, esperiençia e fidelidad tenemos buena y entera información»³².

El 10 de mayo, el rey apremiaba a Adriano de Utrecht y La Chaulx para que estas galeras quedaran listas con cincuenta soldados en cada una a sueldo de la Corona, porque «a tomar las galeras e salir con ellas va el comendador fray García de Loaysa»³³.

Poco más averiguamos sobre esto, salvo que a 26 de mayo la amenaza berberisca resultaba cernirse sobre la plaza de Orán, que había sido tomada

(28) AGI, Patronato, 39, R.1, f. 22v.

(29) AGS, EST, leg., 4, 18.

(30) AGS, CCA, CED, 39, f. 36v.

(31) AGS, CCA, CED, 36, f. 118r.

(32) AGS, RGS, leg, 151704, 43.

(33) AGS, CCA, CED, 39, f. 46v.

en 1509 por iniciativa del cardenal Cisneros, y sobre el resto de las posesiones norteafricanas. Carlos I se mostró entonces resuelto a sofocarla, y puso en alerta a todos los puertos andaluces para que estuvieran atentos a prestar cualquier ayuda que se les solicitara con este propósito³⁴.

Aunque carezcamos de información más concreta sobre cómo se terminó resolviendo esta cuestión, el hecho cierto es que no encontramos registrado ningún ataque berberisco durante 1517, así que nos quedaremos con la duda de si fueron los enemigos quienes acabaron retrayéndose, o fue Loaysa con sus galeras quien logró mantenerlos a raya. En todo caso, el hecho de que recibiera este encargo lo apuntala como persona de confianza de Carlos I desde los primeros compases de su reinado, y nos permite atisbar su experiencia previa en la guerra de galeras, sin duda ganada bajo el pendón con la cruz octógona de la Orden de San Juan.

En discusiones sobre el Santo Oficio en Aragón

Según alcanzamos a averiguar gracias a la ya mencionada crónica de Argensola, tras el regreso de su embajada ante el Gran Turco, Loaysa fue enviado por Carlos I desde Barcelona a Azuara (Zaragoza) para intermediar en un asunto relacionado con el Santo Oficio en el reino de Aragón.

El ordenamiento jurídico de la Inquisición había sido creado tomando como base la legislación castellana, que presentaba algunas incompatibilidades con la aragonesa. El rey se mostraba reacio a atender las peticiones encaminadas a recortar el poder del Santo Oficio en Aragón, según le formulaban los diputados aragoneses y su propio tío-abuelo, hijo ilegítimo de Fernando el Católico, el arzobispo de Zaragoza Alonso de Aragón. Así, según contó Argensola, Carlos I confió de nuevo en la prudencia y experiencia de nuestro comendador para llevarles sus órdenes y tratar de persuadirlos de que abandonaran su postura:

«Al arzobispo don Alonso, su tío, estrechó mucho en esto; y, para mostrarse más, envió con los órdenes al comendador don García Jofre de Loaísa, caballero de valor y prudencia muy experimentado en grandes negocios (...). A 30 del mismo mes [mayo de 1519] les mandó el rey, no sin enojo, que disolviesen la congregación; y aunque el comendador Loaísa acudió a persuadirles, fue sin efecto» (ORDOVÁS ÉSTEBAN: 2013, p. 425).

(34) AGS, CCA, CED, 39, ff. 62v-66v.

Como vemos, los aragoneses se mantuvieron en sus trece pese a la postura contraria del rey, que el propio Loaysa les transmitió; y no fue poco su empeño, puesto que se tardó dos años en alcanzar un acuerdo que a la postre no fue más que un parche, toda vez que el asunto no quedó resuelto definitivamente hasta nada menos que 1646 (GASCÓN PÉREZ: 2017).

Según trataremos, cabe añadir que quizá tuviera algo que ver en la elección del comendador Loaysa para este cometido que uno de sus hermanos ejercía un puesto preeminente como delegado en Roma del Santo Oficio castellano. Se llamaba Juan de Loaysa y hablaremos de él más adelante.

Gratificado por la conquista de Los Gelves

Antes de que acabara aquel año de 1519, los servicios de García Jofré de Loaysa fueron requeridos por Carlos I nuevamente para hacer la guerra a los corsarios berberiscos, y esta vez se trataba de pasar al ataque contra una de sus principales bases: la isla de Los Gelves, hoy Yerba, muy próxima a las costas del actual Túnez.

Esta isla había sido objeto de un ataque previo en el año 1510, que resultó fallido y en el que había muerto precisamente otro de sus hermanos, llamado Álvaro de Loaysa. Se trataba del que pasó a la historia como «primer desastre de Los Gelves». Nos extenderemos algo más acerca de este otro hermano cuando tratemos sobre la familia y orígenes del comendador.

Para organizar esta nueva jornada, Loaysa fue enviado a Nápoles con poderes del rey para reunir naves y tropas, pese al temor del virrey Ramón Cardona por dejar desguarnecida la ciudad³⁵ y a la reciente derrota sufrida por Hugo de Moncada en Cerdeña.

Es curioso añadir que los libros del Consejo de Guerra del Archivo General de Simancas demuestran cómo también se reunieron decenas de navíos en el puerto de Málaga para esta armada, ya desde febrero y marzo de 1519³⁶. Y esto enlaza con la historia de la expedición de la primera vuelta al mundo, dado que su por entonces alguacil mayor, Gonzalo Gómez de Espinosa, acudió hasta allí para intentar reclutar tripulantes que se quisieran enrolar con Magallanes aunque, según contó, las autoridades «no le dejaron pregonar» porque, tal como aclaró Elcano, «se hacía una armada para Levante»³⁷.

(35) Biblioteca Nacional de España (BNE), MSS/20210/11/3. Carta de Ramón Cardona, virrey de Nápoles, a Carlos I. Nápoles, 24 de diciembre de 1520.

(36) AGS, GYM, leg. 3, f. 56r.

(37) AGI, Patronato, 34, R.6.

Loaysa informó de sus gestiones a Carlos I³⁸ y consiguió que naves y ejército se reunieran en la pequeña isla de Favignana con «una armada de naos que llevaban Diego de Vera y el comendador Loaysa»³⁹. Allí pasó el invierno, concluido el cual la armada, por fin, zarpó dispuesta a atacar, liderada por Hugo de Moncada.

La llegada a Los Gelves estuvo marcada por la macabra bienvenida que los musulmanes les tenían preparada, puesto que se dedicaron a desenterrar los despojos de los combatientes españoles muertos en 1510, que mostraban desde la playa al grito de «mirad, perros, estos huesos y sabed que esta isla es sepulcro de cristianos» (SANTA CRUZ: 1920, pp. 267-268).

Si con ello buscaban socavar el ánimo de los españoles, a la vista del resultado estuvieron lejos de conseguirlo. Hugo de Moncada desembarcó engalanado para la guerra según la costumbre de los caballeros sanjuanistas, luciendo una sobrevesta roja repleta de pequeñas cruces octógonas blancas y a lomos de un gran caballo cubierto con la misma tela, y juró vencer o morir en la batalla:

«Salió don Hugo delante de los suyos armado de todas las piezas cubiertas de carmesí, con infinitas cruces blancas sembradas por ellas, un manajo de plumas en el yelmo, y testera de un gran caballo rucio, encubertado de carmesí con cruces blancas, y delante de todos juró vencer la batalla o morir en ella»⁴⁰.

La determinación de Moncada resultó necesaria para obtener la victoria, porque la batalla no fue fácil e incluso acabó resultando herido en un hombro. El ejército oponente estuvo cerca de dar al traste con la ofensiva tras la primera acometida, aunque el desembarco de un segundo grupo de hombres de armas, que permanecía a bordo de las galeras, terminó haciendo doblegar el espíritu del jeque, que finalmente capituló el 25 de mayo de 1520.

Desconocemos cuál fue el papel exacto de Loaysa en la batalla, pero sí sabemos que terminó siendo gratificado. Antes de ello, el comendador

(38) No localizo esa carta, pero sí una referencia a ella del propio Carlos I: «La carta que enviastes del comendador Loaysa sobre la provisión de dicha armada ...». Carta de Carlos I al virrey de Sicilia respondiéndole a la noticia de la derrota de la armada de Hugo de Moncada en la isla de Cerdeña. Molins de Rei, 12 de diciembre de 1519. En PIDAL y SALVÁ: 1854, p. 273.

(39) Carta de Carlos V al virrey de Sicilia. Molins de Rei, 8 de noviembre de 1519. *Ibidem*, p. 270.

(40) *Vida del famoso caballero don Hugo de Moncada, por Gaspar de Baeza*. BNE, MS/2102.

regresó a Nápoles con ochocientos infantes que habían integrado la armada, restableciendo así la tropa que antes se había llevado de allí para tranquilidad de su virrey, según este escribió aliviado⁴¹.

Consta que tanto el propio Hugo de Moncada como el embajador de Carlos I en Roma, Juan Manuel, informaron al rey por carta y añadieron referencias al excelente desempeño de Loaysa y de algunos otros hombres principales, para quienes pedían además algún tipo de compensación.

«El comendador Loaysa vino a Nápoles sobre la paga de la armada, en la cual hay hombres de bien, (...) y a este comendador ya V. Alteza le conoce, que entiende en otras muchas cosas, y son personas a quien V.A. debe mucho y que son para servirle, y que V.A. debe a los tales tenerlos en memoria para hacerles mercedes por dar exemplo a los otros»⁴².

En su respuesta a Moncada, Carlos I decía dar buen crédito a lo que este le había contado acerca de cómo el comendador Loaysa había servido, y prometía guardar memoria de ello para gratificarle⁴³. La ocasión no se hizo esperar demasiado, porque al cabo de un año ordenaba desde Brujas que se pagaran a Loaysa cuatrocientos ducados (150.000 maravedís), mediante real cédula dirigida a Juan de Vozmediano, secretario y contador del Consejo de la Santa Cruzada, a cuenta, entre otros servicios, de su participación en la armada de Los Gelves: «Al comendador fray García de Loaysa, 400 ducados de oro de que yo le hago merced por el tiempo que anduvo por mi mandado en el armada que enviamos a Los Gelbes, e en otras cosas contra los moros enemigos de nuestra santa fe católica»⁴⁴.

Sin embargo, Vozmediano se excusó diciendo que los pagos correspondían a los tesoreros, dejando a Loaysa sin cobrar. Este pidió entonces al rey «que lo mandase remediar», así que Carlos I volvió a dirigirse a Vozmediano, desde Bruselas, mostrándose esta vez especialmente molesto y ordenándole el pago a Loaysa, sin mayor dilación, por parte del Consejo de la Santa Cruzada⁴⁵. Ante este nuevo requerimiento, parece ser que todo

(41) «Carta de don Ramón de Cardona a Carlos V, dándole cuenta de haber socorrido a mucha gente de la armada de don Hugo. En Nápoles, a 10 de octubre de 1520». En PIDAL y SALVÁ: 1854, p. 303.

(42) Real Academia de la Historia, Colección de Salazar y Castro, A-45, f. 24. Carta de Juan Manuel, embajador de Carlos V en Roma, dirigida a este, en recomendación de Figueroa, de Portuondo y del comendador Loaisa, a 25 de septiembre de 1520.

(43) Carta de Carlos I a don Hugo de Moncada sobre la victoria en Los Gelves, en Bruselas, a 10 de agosto de 1520. En PIDAL y SALVÁ: 1854, p. 298.

(44) AGS, CCA, CED, 58, f. 137v.

(45) *Ibíd.*, f. 138r.

se resolvió al fin con rapidez, quedando asentado el pago a Loaysa en los libros de tesorería relativos a las bulas de cruzada recaudadas en Castilla⁴⁶.

Esta será la última pista sobre el comendador que consigamos antes de encontrarlo vinculado con la expedición a la Especiería, y resulta frustrante perder su rastro en un momento tan convulso como este, puesto que a Carlos I se le complicó el reinado con la guerra de las Comunidades, mientras que la Orden de San Juan perdía la isla de Rodas ante el asedio turco, tras seis meses de resistencia heroica. A la vista de lo que conocemos ahora sobre él, sería muy extraño que Loaysa resultara ajeno a estos hechos históricos, aunque averiguar cuál fue su participación queda reservado a investigaciones futuras.

Sus hermanos Álvaro y Hernando de Loaysa

Los datos relativos a los familiares más próximos del comendador Loaysa nos van a permitir realizar una aproximación más profunda a su figura, y merece la pena detenerse en ello porque encontraremos algunas revelaciones llamativas.

Todo cuanto alcanzaremos a conocer en adelante sobre él emana de un documento clave, que es su testamento o, según él mismo puntualizaba, su «desapropiación de bienes», dictado en mitad del océano Pacífico el 30 de julio de 1526. Esta será la piedra angular de cuanto encontremos después, y en él declaraba varios temas fundamentales.

Conocemos su contenido gracias a la copia que encargó su hermano Hernando de Loaysa al Consejo de Indias desde Plasencia (Cáceres, España), y que en nuestros días queda recogida en un expediente más amplio conservado en el Archivo General de Indias⁴⁷ junto a otros documentos relacionados.

En primer lugar, el comendador Loaysa afirmaba en él que, por tratarse de un caballero de la Orden de San Juan, tras su muerte toda su hacienda pasaría a manos de esta. Por ello, se limitaba a pedir al Gran Maestre la donación de algunos de sus bienes a familiares o terceras personas. Este

(46) En «Cuentas de 1521 a 1524 de la Bula de San Pedro de Roma correspondientes a Castilla» (AGS, CRU, LEG 447), donde quedó expresado el pago según la orden recibida por real cédula de 30 de abril de 1522. Quiero dar las gracias a mi querida amiga la profesora Adelaida Sagarra por darme a conocer este documento –punto de partida que me llevó a Simancas para obtener las mencionadas reales cédulas en favor de Loaysa–, del que da buena cuenta en SAGARRA GAMAZO: 2013.

(47) AGI, Patronato, 39, R.1, ff. 22r-25v.

no es un dato menor, porque hace comprender que la motivación económica difícilmente podía suponer un incentivo para Loaysa, en el sentido de que se podría considerar que sus bienes dejaban de ser propios para pasar a pertenecer a la orden. En relación con esto, Loaysa declaraba llevar asignado por el Emperador un sueldo anual que podríamos considerar desorbitante, puesto que alcanzaba 1,95 millones de maravedís (ocho ducados al día), una cifra 7,5 veces superior a la que había llevado Magallanes, que nos ayuda a entender su elevado estatus social y que, en última instancia, pasaría a formar parte del patrimonio de la Orden de San Juan.

Sin embargo, cuando se conoció en España la muerte del comendador, el Gran Maestre escribió a Hernando de Loaysa para hacerle un gran regalo porque, según dijo, como muestra de agradecimiento por los grandes servicios prestados a la orden por su hermano García, le donaba los derechos sobre el sueldo que el Emperador le debiera por su servicio en la expedición al Maluco: «Nobili ac magnifico Ferdinando de Loaysa salutem et prosperos successus, (...) en reconocimiento a los méritos y servicios prestados por el mencionado hermano García, tu hermano, a nuestra Religión, y dado que no los pudimos recompensar, pensamos que este reconocimiento se te debería otorgar a ti»⁴⁸.

Hernando de Loaysa pasó entonces a reclamar al Consejo de Indias el importe debido a su hermano que, restado lo que se le había pagado por adelantado, resultaba de 810.000 maravedís. Tanto este tribunal en primera instancia como el propio emperador Carlos V en resolución definitiva posterior⁴⁹, dictaminaron en justicia que le fueran pagados conforme demandaba, así que este hermano del comendador Loaysa se terminó convirtiendo en la persona que más dinero ganó de cuantas guardan alguna relación con las expediciones castellanas al Maluco emprendidas en esta época.

Seguiremos el rastro de Hernando de Loaysa a continuación, pero antes vamos a fijarnos en el otro hermano que aparecía citado por García Jofré de Loaysa en su testamento. Se trata de Álvaro de Loaysa, a quien mencionó como ya fallecido para disponer que se pagara a sus herederos una antigua deuda que mantenía con él, puesto que este le había prestado 95 ducados «que le debo en cargo de su quitación del rey don Felipe». Descubrimos así que Álvaro de Loaysa había servido a Felipe I el Hermoso, un dato muy interesante, gracias al cual podremos localizar unas reales

(48) Original íntegramente en latín, incluido en AGI, Patronato, 39, R.1.

(49) AGI, Patronato, 278, N.2, R.275.

cédulas muy esclarecedoras, emitidas por la reina doña Juana I, en las que mencionaba a Álvaro como «contino de mi Casa que partió a servir en la guerra de África, donde dicen que murió en mi serviçio»⁵⁰. Se refería a aquel primer «desastre de Los Gelves» de 1510, donde, como ya hemos avanzado, Álvaro de Loaysa murió, y lo hizo luchando junto a García de Toledo, primogénito del duque de Alba. Estos formaban parte de un primer grupo de hombres que marchaban a caballo en vanguardia cuando se vieron sorprendidos por las huestes contrincantes, con las que trabaron combate cerrado que se saldó con su muerte (ZURITA: 1580).

Una de estas reales cédulas resulta especialmente reveladora, puesto que en ella la reina doña Juana mencionaba a Álvaro y a Hernando de Loaysa como hermanos, y se preocupaba por disponer que este recibiera los bienes del primero que habían sido recuperados tras la batalla, «habiendo muerto en serviçio de Dios Nuestro Señor e mío»⁵¹. Además, doña Juana mostró una especial consideración hacia él, disponiendo que Hernando pasara a ocupar el puesto que su hermano dejaba vacante como contino, e incrementándole en diez mil maravedís al año la paga o quitación anual habitual, que era de cuarenta mil maravedís⁵². Así, la reina de Castilla que pasó a la historia como «la Loca» estuvo ciertamente impecable en el trato póstumo que dio a su contino Álvaro de Loaysa, a quien refirió como «comendador» –sin llegar a precisar en qué orden militar–, añadiendo afectuosamente que «era persona llana».

La actividad de Álvaro de Loaysa al servicio de doña Juana se documenta desde muy poco después de la muerte de la reina Isabel la Católica, en noviembre de 1504. En aquel momento, la mayor parte de la nobleza castellana apoyó la llegada de Juana desde Flandes como «propietaria» del trono, y de forma consecuente, también de su marido, el rey consorte Felipe I.

Álvaro de Loaysa tuvo a continuación un año de 1505 más que movido, porque en mayo acudió a la corte flamenca con carta del duque de Béjar (SALVÁ y SAINZ DE BARANDA: 1846, p. 300), y en octubre lo hizo de vuelta a España como enviado del propio Felipe I, quien lo refería como «mi contino» y le daba instrucciones precisas para que se entrevistara con

(50) AGS, RGS, 151101, 79.

(51) AGS, RGS, 151104, 636.

(52) Hernando de Loaysa empezó a devengar sueldo como contino el 7 de enero de 1511, según quedó expresado en auto de herederos promovido por Gabriel Paniagua de Loaysa (en AGS, CSR, LEG. 151, 1, 3). La fecha coincide con la de la mencionada real cédula (AGS, RGS, 151101, 79).

Fernando el Católico (ib., pp. 344-345). De regreso a Flandes, Álvaro de Loaysa entregó una carta a don Felipe, esta vez de parte de otro de los grandes nobles castellanos, García de Toledo⁵³, el mismo junto al que perdería la vida en combate cuatro años más tarde.

A continuación, ya en enero de 1506, Álvaro acompañó a doña Juana y a don Felipe en un momento muy interesante: el segundo viaje que emprendieron desde Flandes a Castilla, que en este caso se hizo por mar (PADILLA: 1846, p. 135) y en el que ambos llevaban intención de ser jurados en Cortes como reyes. Álvaro viajó con ellos en la carraca real, *La Julienne*, y lo hizo junto a su paje «Hernandico», quien no sería descabellado pensar que pudiera tratarse del propio Hernando de Loaysa cuando todavía era un joven muchacho. Durante aquella travesía, una gran tormenta les forzó a buscar refugio en Inglaterra, después de sufrir una espantosa navegación por la que se dijo que todos salvo doña Juana, que la sufrió impertérrita, creyeron terminados sus días⁵⁴.

Si nos centramos en rastrear los archivos para buscar a su otro hermano, Hernando de Loaysa, lo vamos a encontrar en primer lugar cruzándose cartas durante la guerra de las Comunidades acerca de las dificultades que encontraba en Salamanca para reunir infantería⁵⁵. La firma del Hernando de Loaysa que aparece en ellas es la misma que podemos encontrar repetidas veces en diversos documentos contenidos en el expediente que acompaña al testamento de nuestro protagonista. Esto nos empieza a perfilar a un Hernando de Loaysa bastante parecido a sus hermanos García Jofré y Álvaro, al menos en lo tocante a su ejercicio como militar al servicio del rey.

En este sentido, encontraremos un hecho de armas relevante al que Hernando de Loaysa sobrevivió. Tuvo lugar unos años más tarde, en 1528, y se trata de la batalla naval contra los franceses en la que perdió la vida Hugo de Moncada. «Pead, hermanos, que tenéis victoria», fueron las últimas palabras del bravo caballero valenciano al saberse a punto de morir, justo tras recibir un arcabuzazo que casi le atravesó el pecho de costado a costado⁵⁶. Resulta que don Hugo murió acompañado por el hermano de su viejo colega García Jofré de Loaysa. Uno de sus compañeros participantes fue hecho prisionero y escribió a Carlos V diciendo que «dará cuenta más detallada

(53) No consta la carta enviada por este, sino la que le escribió como contestación Felipe I, en la misma referencia anterior, pp. 367-368.

(54) Según códice en la Real Academia de la Historia de Madrid transcrito en RGEZ. VILLA: 1892, p. 134.

(55) AGS, PTR, LEG. 2, 54, 2 y AGS, PTR, LEG. 2, 54, 1.

(56) Carta de Miguel de Aguorreta a Carlos V, haciéndole una extensa relación de la batalla naval en que había muerto Hugo de Moncada. PIDAL y SALVÁ: 1854, p. 502.

Hernando de Loaysa, que ha servido mucho y bien»⁵⁷. Así, resulta que este no solo combatió, sino que tuvo una actuación destacada en esta acción y, según esta carta, iba a ocuparse de contar al Emperador lo sucedido.

Era lógico que lo hiciera puesto que, como doña Juana nos había dejado bien claro, Hernando de Loaysa servía como contino. Por ello, debía permanecer en la Corte salvo que el Emperador dispusiera otra cosa, y muchas otras veces lo hizo porque, en verdad, a lo largo de su vida lo terminó enviando como corregidor a varias ciudades. Lo localizaremos ejerciendo como tal en Badajoz, Gibraltar, La Coruña, Betanzos y Ciudad Rodrigo⁵⁸. Además, debió de hacerlo bien, porque se conserva el juicio de residencia en que se auditó el ejercicio de su cargo en este último lugar, y los testigos coincidían en señalar el cuidado y diligencia del que acostumbraba hacer gala⁵⁹.

Más o menos al mismo tiempo que recibía la fortuna cedida por el Gran Maestre de la Orden de San Juan, el ya veterano Hernando parece que decidió retirarse. Consta que cesó en su servicio como contino y que marchó de su casa de Plasencia, de donde él mismo se decía vecino, a la cercana villa de Casas de Millán, junto a sierras que hoy conforman el Parque Nacional de Monfragüe. Sin embargo, quizá lo hiciera enfermo, puesto que poca ocasión tuvo de disfrutar de este descanso. En julio de 1547 dictó testamento, dejando nombrado por heredero universal a su sobrino nieto Gabriel Paniagua de Loaysa y mandando celebrar doscientas misas en el monasterio placentino de Santo Domingo «por mis hermanos».

Murió el 30 de agosto de ese año, según quedó reflejado en el auto de herederos en que encontramos hoy una copia de su testamento⁶⁰. En este expediente, su sobrino y heredero Gabriel reclamó –con éxito– el pago de los últimos años de servicio como contino de Hernando, que se había retrasado y todavía se le adeudaba⁶¹. Gracias a ello averiguamos que este cesó en 1545 como contino, puesto que había ocupado sin interrupción desde aquel 1511 en que doña Juana I le había asignado a su servicio. Fueron por tanto solo dos años los que Hernando de Loaysa vivió retirado, hasta que le llegó la hora en 1547.

(57) Real Academia de la Historia, Colección Salazar y Castro, A-43, f. 102.

(58) En Badajoz, según se deduce de su testamento; en Gibraltar, en AGS, EMR, QUI, 14, 1095-1101; en La Coruña y Betanzos, en AGS, GYM, LEG. 12, 50-52 y 1324, y en Ciudad Rodrigo según AGS, CRC, 593, 7.

(59) Véase la última referencia de la nota anterior, por ejemplo en el f. 20v.

(60) AGS, CSR, LEG. 151, 1, 3.

(61) De donde se deduce que Hernando de Loaysa sí llegó a cobrar en vida los 810.000 maravedís cedidos por la Orden de San Juan, correspondientes al sueldo de su hermano como capitán general de la expedición al Maluco. De no haber sido así, los habría reclamado también aquí.



Imagen 2. Capilla de los Loaysa, en la iglesia de San Nicolás (Plasencia, España). A la derecha, en posición vertical, la lápida de Hernando de Loaysa. Por su testamento se comprueba que a su muerte ya tenía contratadas a un cantero las obras para la construcción de esta capilla, y ordenaba un retablo a manos de algún pintor flamenco, del que hoy se conserva la pintura central de un tríptico con la Asunción de la Virgen. Esta fue firmada y fechada por el flamenco Juan Flores (Jan Floris) en 1561, aunque lo había comenzado el también flamenco Jorge de la Rúa⁶². Fotografía del autor.

De esta forma, la fecha de su muerte obtenida en el expediente de su testamento coincide con la tallada en una maravillosa lápida de granito que encontramos en la iglesia de San Nicolás de Plasencia, cuya inscripción completa es la siguiente:

AQUÍ IAZE EL MUY MAGNÍFICO CAVALLERO FERNANDO DE LOAYSA,
QUE DIOS AIA. FALLECIÓ EL TREINTA DE AGOSTO DE M D XLVII AÑOS.

Esta lápida guardaba una sorpresa porque, además del escudo con cinco rosas de los Loaysa, luce otro entrelazado con él. Se trata del de los Chacón, cuartelado con sus dos flores de lis y sus dos lobos⁶³. Esto implica que los hermanos Loaysa estaban entroncados con el linaje de

(62) PLEGUEZUELO HERNÁNDEZ, Alfonso, «Juan Floris». En REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA, *Diccionario biográfico electrónico* (DB~e). Disponible en <https://dbe.rah.es/biografias/78866/juan-floris>. Consultado: 25 de noviembre de 2024.

(63) Véase grabado en HERNÁNDEZ DE MENDOZA, Diego. *El Becerro general: libro en que se relata el blasón de las armas que traen muchos reynos y imperios, señoríos, y de la genealogía de los lynages de España y de los escudos de armas que traen*. Biblioteca Digital Hispánica, MSS/18244 V.1, f. 229r.



Imagen 3. Lápida de Hernando de Loaysa, según se lee tallado en su perímetro, con los escudos nobiliarios de los Loaysa (arriba) y los Chacón (abajo). Fotografía del autor.

los Chacón, una casa que, por lo que llegamos a averiguar, no había alcanzado gran relevancia hasta tiempos de don Gonzalo Chacón, mayordomo mayor de la reina doña Isabel la Católica y hombre especialmente querido por ella. Sin embargo, no se localiza bibliografía alguna que justifique el entronque de las casas de los Loaysa y los Chacón, por lo que esta vía de investigación no ha dado frutos⁶⁴.

Padres y resto de los hermanos del comendador Loaysa

La huella documental acerca de Hernando de Loaysa resulta tan sólida que nos permite seguir avanzando en nuestro conocimiento sobre otros familiares próximos. De hecho, debemos continuar fijándonos en su testamento, porque nos va a revelar los nombres de sus padres. Se trataba de Álvaro de Loaysa y de María González de Yanguas, cuyos restos pedía que fueran enterrados junto a los suyos en la capilla de San Nicolás de Plasencia.

Además de ello, este documento nos permite averiguar los nombres de otras dos hermanas que se añadían a los tres varones que por el momento ya conocemos. Se trataba de María de Loaysa, la primogénita y heredera del mayorazgo familiar, y de Catalina de Loaysa. Ambas se casaron y tuvieron hijos en Plasencia.

Según hemos comentado, Hernando de Loaysa nombró heredero universal a su sobrino nieto Gabriel Paniagua de Loaysa, por entonces un joven muchacho nieto de María de Loaysa que, a su vez, terminó recibiendo el mayorazgo familiar. Si centramos sobre él nuestras pesquisas, localizaremos dos documentos especialmente interesantes. Uno de ellos es su expediente de limpieza de sangre, elaborado en Plasencia cuando contaba unos catorce años y pretendía ingresar en la Orden de Calatrava, en 1544. Como era preceptivo, en él se tomaba testimonio a varias personas que conocían al pretendiente acerca de sus padres y abuelos, para acreditar que entre ellos no hubiera «judío, converso, moro o villano según los fueros de España»⁶⁵.

Todos los testigos que se tomaron eran de Plasencia y habían conocido a los padres y abuelos de este muchacho por ser estos también placentinos

(64) Aunque sin resultados, la genealogía más completa sobre los Chacón que hemos podido analizar es BROCHERO DE MONTALVO Y GUZMÁN, Manuel Antonio. *Certificación Authéntica de la Genealogía de don Thomás Chacón Narváez de Salinas y Ortiz, Marqués de Salinas*. Biblioteca Digital Hispánica, DGMICRO/69786.

(65) Paniagua de Loaisa Trejo y Loaysa y Lande, Gabriel. AHN, OM-Caballeros_Calatrava, exp. 1946.

—salvo su abuela materna, que era de Cáceres—. Algunos no habían llegado a conocer precisamente a María de Loaysa, que había nacido y vivido allí, por haber muerto «hacía muchos años». Otros habían conocido también a García Jofré de Loaysa, a sus padres y al resto de sus hermanos.

Uno de ellos proporcionaba una información fundamental relativa al padre de nuestro comendador, Álvaro de Loaysa, a quien refirió como «mayordomo mayor del duque de Plasencia»:

«Doña María de Loaysa era hija de Álvaro de Loaysa, mayordomo mayor del duque de Plasencia y Arévalo, quien juntamente fue cavallero y padre de hijos muy cavalleros, los que este testigo dixo que conosció los más dellos, que fueron Juan de Loaysa, obyspo de Alger, y Garçía de Loaysa, comendador de la Orden de San Juan»⁶⁶.

En tan solo unas breves líneas acabamos de recibir una lluvia de información muy valiosa. Para empezar, lo que se nos cuenta aquí del padre de los Loaysa resulta relevante, porque aquel duque de Plasencia y Arévalo para quien se nos revela que trabajaba era también duque de Béjar⁶⁷. Sin ninguna discusión, el duque de Béjar se integraba entre la más alta nobleza de Castilla, con los nombramientos de primer caballero, justicia mayor y alguacil mayor del Reino, así que quien ejerciera como su mayordomo mayor alcanzaba también una muy elevada condición social. En 1488 murió don Álvaro de Zúñiga y Guzmán, el primer duque de Béjar y Plasencia, a quien le siguió su nieto don Álvaro de Zúñiga y Pérez de Guzmán hasta su fallecimiento en 1531. Como vamos pudiendo comprobar, a cada paso parece querer mostrarse la vinculación de los Loaysa con esta noble familia, la cual ayuda a dar sentido a cuanto vamos encontrando sobre ellos.

Antes de continuar debemos volver con la declaración de nuestro testigo placentino acerca de la familia Loaysa, a la que decía conocer bien, porque aludía a otro de los hermanos de García Jofré, a quien hasta ahora tan solo habíamos mencionado. Se trataba de Juan de Loaysa, al que refirió como «obispo de Alguer», ciudad que se encuentra en la isla de Cerdeña. Otro testigo reveló un dato de enorme interés al afirmar que Juan de Loaysa había ejercido como «consejero de la

(66) Testimonio ofrecido por Gómez de Xerez, deán de la catedral de Plasencia. *Ibidem*, p. 35.

(67) En realidad, Plasencia fue elevada de condado a ducado en 1480, en compensación por el ducado de Arévalo, que revirtió a la Corona.

Santa Inquisición»⁶⁸. Estamos por tanto empezando a atisbar a otro Loaysa con una trayectoria vital verdaderamente interesante, y de quien localizaremos un rastro documental bastante profuso, trabajado por no pocos investigadores.

Obtenemos así que Juan de Loaysa –o el doctor Loaysa, según lo encontraremos referido también– fue un bachiller y doctor en decretos que empezó ejerciendo como canónigo de Zamora, aunque pronto empezó una larga trayectoria como inquisidor que lo llevó a actuar en Cuenca (1497-1500), Sigüenza, León (1497) y Valencia (1500-1505)⁶⁹. Figura también como tal en Mallorca (1503-1506), aunque en junio de 1505 saltó a Roma. El doctor Loaysa acudía como hombre de confianza de Fernando el Católico, quien le escribió con frecuencia, y defendió sus intereses y el modo de proceder del Santo Oficio ante el Papa durante la pugna sucesoria librada en 1506 con Felipe el Hermoso, el cual pretendía cambios en la institución. Tras la inesperada muerte de este, regresó a Castilla en mayo de 1507, pero no tardó en volver a Roma, donde sirvió como abreviador (1508) y «criado de Julio II» (1509), participando más adelante en el V Concilio de Letrán como procurador de varios obispos. Hasta el inquisidor general de Castilla, el cardenal Cisneros, lo nombró apoderado suyo «para las cosas de la Inquisición» poco antes de morir en 1516⁷⁰.

Efectivamente, también ejerció como obispo de Alguer desde 1514 hasta 1524, año en que le fue concedido el obispado de Mondoñedo, en Lugo. Sin embargo, durante la segunda mitad de ese mismo año murió en Roma⁷¹, donde seguía ejerciendo el cargo de diputado de la Inquisición de España (LLORENTE: 1813, p. 155).

Todos estos datos son oro puro para conocer mejor quién fue García Jofré de Loaysa, en qué ambiente familiar se crio y en qué sociedad se desarrolló, pero hay algo más que este legajo nos está dando a conocer con bastante certeza, y es su lugar de procedencia. Porque toda su familia era de Plasencia, ciudad en la que se habían casado sus padres, y son cuatro los

(68) En Paniagua de Loáisía Trejo y Loaysa y Lande, Gabriel. AHN, OM-Caballeros_Calatrava, exp. 1946, p. 17.

(69) Salvo notas expresas, los datos de esta semblanza de Juan de Loaysa están extraídos de FDEZ. DE CÓRDOVA: 2021.

(70) BNE, MSS/19698/74. Traslado de la carta de poder que dio el cardenal Francisco Jiménez de Cisneros a Juan de Loaysa, fechada en Madrid, el 7 de abril de 1516.

(71) BNE, MSS/19698/74. 62 En Diocesi di Alghero Bosa. Disponible en <http://www.diocesiialghero-bosa.it/storia/>. Consultado: 6 de mayo de 2023. Véase también CAL PARDO: 2003, pp. 268-272. El último pago que recibió quedó registrado el 25 de agosto de 1524. En ZARAGOZA PASCUAL: 2008.

testigos tomados allí que lo recordaban, afirmando conocerlo pese a haber transcurrido casi veinte años de su muerte. Tenemos por ejemplo lo que decía un tal Alonso de Vega:

«Aunque no conoçí a la dicha doña María de Loaysa (...) la tengo por muy hijadalgo y de noble linage, porque sé que tuvo por ermanos al obispo Loaysa y a Garçía de Loaysa, comendador e cavallero de la horden de San Juan, e asimismo conosco a Fernando de Loaysa, también su ermano, muy honrado cavallero, e que desta causa la tengo por ijadalgo e syenpre lo oy dezir a todos en esta çibdad que lo era»⁷².

En la misma línea testificaba otro vecino de Plasencia llamado Álvaro Sage, quien decía que María de Loaysa, abuela de aquel muchacho aspirante a caballero de Calatrava, «es notorio en la dicha çibdad que hera hijadalgo e por tal fue avida e tenyda en la dicha çibdad, e por ser tal hijadalgo a un hermano della le dieron el ábito del Señor San Juan»⁷³.

Francisco de Collazos, otro placentino, también conoció al comendador Loaysa y a su hermano Hernando, que por entonces vivía: «Eran cavalleros e como tales se tratavan e fasta agora el uno dellos es byvo, que se llama Hernando de Loaysa, que es contino de Su Magestad e le manda yr a ser corregidor de algunas çibdades, e a otro hermano conoçió comendador de la Orden de San Juan»⁷⁴.

De igual modo, el deán de la catedral de Plasencia, Gómez de Jerez, afirmó que los hermanos Juan y García Jofré de Loaysa eran «tenidos en la ciudad de Plasencia» como «caballeros muy honrados y reputados». En consecuencia, no cabe duda de que García era bien recordado en Plasencia.

Otro de los interesantes documentos relacionados con Gabriel Paniagua de Loaysa es su expediente de méritos y servicios, que obtuvo en el Perú en 1595. En él habló por extenso de su padre, muerto allí tiempo después de haber acudido como embajador de Carlos V ante el famoso rebelde Gonzalo Pizarro —dejando un extenso relato de ello⁷⁵—, sin olvidar añadir lo que hicieron algunos de sus tíos y, entre ellos, nuestro García Jofré de Loaysa. No obstante, sus imprecisiones hacen evidente que habían pasado muchos años y ya no recordaba correctamente los detalles

(72) En Paniagua de Loafsa Trejo y Loaysa y Lande, Gabriel. AHN, OM-Caballeros_Calatrava, exp. 1946, p. 23.

(73) *Ibíd.*, p. 17.

(74) *Ibíd.*, p. 20.

(75) AHN, Diversos-Colecciones, 23, N.13.

de una historia que, por otro lado, sucedió antes de que él naciera: «García Jofré de Loaysa, comendador de Yébenes, su tío, yendo al descubrimiento de las Malucas en una armada de 10 galeones pereció por tormenta en la mar»⁷⁶.

Como es ley de vida, el recuerdo del comendador Loaysa se iba diluyendo, así, incluso entre sus descendientes más directos. No solo Gabriel, sino un nutrido grupo de los Loaysa de Plasencia se mudaron a la ciudad de La Plata, hoy Sucre (Bolivia), donde su estirpe tuvo una prolífica continuidad.

De Plasencia y no de Ciudad Real

Como hemos venido comprobando, la historia del comendador Loaysa, sus hermanos y descendientes nos lleva siempre a Plasencia. Sin embargo, esto choca con algo que hasta ahora creíamos saber sobre él, y es su procedencia. Porque casi en todas partes leeremos que García Jofré de Loaysa era de Ciudad Real, dando por buenas las menciones de ello que hicieron dos grandes cronistas de Indias como Gonzalo Fernández de Oviedo (1557) y Francisco López de Gómara (1552), aunque sin aportar ningún detalle más acerca de esto. Tampoco lo ha aportado ningún otro autor de cuantos repitieron después este dato y, dicho sea de paso, el comendador Loaysa llegó a ser referido como «vizcaíno» en las crónicas de Argensola (1609) y frey Juan Agustín de Funes (1626, p. 357), mucho menos conocidas. Esta última posibilidad parece descartable, al no localizar ninguna rama familiar de los Loaysa implantada en esta región. En cambio, el mismo argumento nos llevaría a dar mayor crédito a la alternativa de Ciudad Real, donde sí vamos a encontrar a algunos Loaysa; y he aquí la probable raíz de la confusión, puesto que se va a dar la notable coincidencia de que hubo dos personas coetáneas suyas que se llamaban prácticamente igual, García Jofré de Loaysa y García de Loaysa.

(76) Nótese que lo presentaba, erróneamente, como «comendador de Yébenes», lugar de gran arraigo sanjuanista en Toledo, del que en estos tiempos fue comendador otro placentino llamado Martín Nieto. También mencionó a «don Juan de Loaysa, obispo de Palencia, su tío; murió en Roma habiendo ydo a una embajada particular en el tiempo de la cisma del cardenal don Bernardino de Carvajal»—de nuevo también ilustre placentino—. Asimismo mencionó a su otro hermano «Álvaro Jofré de Loaysa, cavallero del hábito de Santiago, assímesmo su tío, murió con el duque de Alba en Los Gelves». En Méritos y servicios: Pedro Hernández Panigua y Loaysa: Perú. AGI, Patronato, 126, R.15, p. 59.

Sin embargo, estos eran padre e hijo y, gracias al testamento del primero, fechado en 1505 y que se conserva en el Archivo Histórico de la Nobleza, averiguamos que además de este hijo tenía otros ocho vástagos, cuyos nombres no se corresponden con los de los hermanos de nuestro protagonista. Por ello, no hay duda de que estos eran personas diferentes, más o menos coetáneas y de nombres muy parecidos, pero no el que acudió a la Especiería⁷⁷.

Por otra parte, la fuerza que cobraba la hipótesis de la procedencia placentina del comendador Loaysa obligaba a tratar de profundizar en ella, lo que nos llevó a indagar en el Archivo Histórico Provincial de Cáceres, el Archivo Municipal de Plasencia y el diocesano de la catedral placentina. En los dos primeros no pudimos localizar nada relativo a él o su familia, pero en este último, gracias a la inestimable ayuda de su responsable, Marian Sánchez de Tapia, aparecieron catalogados dos expedientes con diferentes genealogías en las que figuraba García Jofré de Loaysa, junto a sus padres y hermanos, bajo los encabezados de «Casa de los Loaysas de Plasencia»⁷⁸ y «Loaysas de Plasencia»⁷⁹. En ellas se reunía sin contradicciones la información más básica que ya hemos expuesto sobre cada uno de los hermanos Loaysa.

Quizá haber encontrado estos documentos en la catedral de Plasencia, en los que se afirma que García Jofré de Loaysa era de esta ciudad, sea el final del camino sobre la cuestión de su procedencia, aunque a todas estas fuentes debemos añadir una más, y es importante. Se trata de la crónica *Historia y anales de la ciudad y obispado de Plasencia*, escrita por fray Alonso Fernández y publicada en 1627, donde encontraremos a nuestro protagonista referido expresamente como «natural de Plasencia»: «... Gabriel de Trejo de la Orden de San Juan, Comendador de San Juan de Barbalos en Salamanca, a quien sucedió en la encomienda Fr. Garci Jufre de Loaysa, también *natural de Plasencia*» (FERNÁNDEZ: 1627, p. 135).

De igual modo leemos aquí que frey García Jofré de Loaysa fue «general de una armada que embió el Emperador Carlos Quinto a la conquista de las islas Malucas», aportando los nombres de sus padres,

(77) Los hermanos de este García Jufre de Loaysa, regidor de Ciudad Real que dictó testamento en 1505, fueron Alvar Núñez de Loaysa (también referido como Álvaro de Loaysa), comendador, y Juan de Loaysa, comendador difunto. Los de sus hijos fueron el mencionado García de Loaysa, el bachiller Alvar Núñez de Loaysa, Juan de Valverde (difunto, con un hijo menor a su vez llamado García de Loaysa), Inés de Loaysa (difunta), Valentina de Loaysa, Diego Muñoz (también referido como Diego Jufre de Loaysa), Mari Alonso de Torres (monja), Máxima o Marina de Valverde y Catalina de Loaysa (monja). En Testamento de García Jufre de Loaysa, AHNOB, Fuente Pelayo, C.9, D.9 y D.10.

(78) Archivo Histórico Diocesano de Plasencia, leg. 102, 5, f. 1v.

(79) *Ibidem*, leg. 95, 21, s.f. Véase también leg. 101, 6.

de quienes este autor afirmaba correctamente que casaron en Plasencia y que tuvieron seis hijos.

Esta excelente obra relacionaba a nuestros ya bien conocidos Hernando de Loaysa y Álvaro de Loaysa –de quien revelaba haber sido comendador de Paracuellos⁸⁰ y, consecuentemente, caballero de la Orden de Santiago⁸¹–, así como a Juan de Loaysa, Catalina de Loaysa y María de Loaysa –de quien afirmaba, esta vez erróneamente, que había sido la «única de todos ellos que dejó descendencia»⁸².

Por todo lo expuesto, considerando que las fuentes primarias y esta crónica han convergido prácticamente a la perfección, no resulta arriesgado afirmar que, con un fuerte respaldo documental, la villa natal de García Jofré de Loaysa fue Plasencia, Cáceres.

¿Al Maluco por nepotismo?

Nos queda por tratar nada menos que la supuesta relación familiar entre el comendador y otra persona relevante en su tiempo, de nombre muy parecido y que ocupó el cargo de presidente del Consejo de Indias desde 1524. García de Loaysa y Mendoza fue el más insigne miembro de la rama familiar de los Loaysa establecida en Talavera de la Reina (Toledo). Ejerció la carrera eclesiástica, alcanzando el obispado de Osma y acumulando meteóricamente cargos de la mano de Carlos V, quien lo nombró su confesor personal, miembro del Consejo de Indias, comisario general de la Cruzada e inquisidor general. El caso es que, si se lee lo que se ha recogido recurrentemente en la historiografía moderna, solo un ingenuo podría dudar de que este Loaysa tan próximo al Emperador se ocupara de dar un buen empujón a la carrera de nuestro protagonista para que fuese designado capitán de la expedición al Maluco.

Sin embargo, tras escudriñar en qué puede basarse la afirmación de este supuesto trato de favor, no vamos a encontrar nada que lo respalde, ni siquiera que pueda considerarse el más leve indicio de ello, lo que lleva a concluir que se trata de una interpretación libre cuyo éxito se basa precisamente en el desconocimiento del personaje pues, en tal caso, la hipótesis

(80) Encomienda perteneciente a la Orden de Santiago hasta 1542. SÁNCHEZ GLEZ.: 2021.

(81) Confirmando el dato ya mencionado a través del legajo Méritos y servicios: Pedro Hernández Paniagua y Loaysa: Perú. AGI, Patronato, 126, R.15, p. 59.

(82) SÁNCHEZ GLEZ.: 2021, p. 183 según paginación original, aunque se trata de una errata y le corresponde la 181.

del nepotismo es un modo aparentemente lógico de resolver su aparición en escena como capitán de tan insigne armada.

Es más: la relación familiar entre ambos Loaysa solo queda claramente resuelta tras un afanoso estudio, porque sencillamente nadie habló de ella. O, mejor dicho, casi nadie, porque esta vez sí hallaremos una fuente primaria que aluda a ella, aunque hubo que rebuscarla bien. Se trata de una carta que se halla en el archivo portugués de Torre do Tombo, en la cual un informante contaba con evidente alarma, desde La Coruña, al rey luso Juan III que al mando de la expedición que los españoles organizaban allí para acudir al Maluco iba un tipo que debía de ser de peso, por su ostentoso sueldo y por ser sobrino del obispo de Osma: «Ha de ir un sobrino del obispo de Osma que es persona de un cuento y medio de renta. Todavía no sé decir su nombre»⁸³.

Para resolver cuál pudo ser su relación familiar verdadera hay que hacer otro tipo de estudio. La fuente que quizá resulte más fiable, por coincidir en gran medida con lo ya averiguado acerca de los Loaysa de Plasencia y de Ciudad Real, se trata de la genealogía que alberga la catedral placentina en su archivo histórico diocesano. Según se puede comprobar en ella, su relación familiar no era tan próxima, porque nuestro protagonista era primo del padre de García de Loaysa y Mendoza. Para que se entienda mejor, compartían un primer antecesor común, que para García Jofré de Loaysa era su abuelo, mientras que para el presidente del Consejo de Indias se trataba de su bisabuelo. Su nombre era Alonso Jufre de Loaysa⁸⁴. Así pues, tenemos que ambos eran familiares, pero lejanos.

La relación con la casa de Zúñiga

Otra interesante cuestión que hemos alcanzado a vislumbrar consiste en la relación de los padres y hermanos del comendador con el duque de Béjar y Plasencia, don Álvaro de Zúñiga. Además del desempeño del cargo de mayordomo mayor por el padre, el hecho de que los hermanos Álvaro y Hernando de Loaysa fueran continos de la casa de doña Juana y de don Felipe parece ir ligado a la evolución de las relaciones del duque de Béjar con la Corona. Tanto es así que, si se siguen los pasos de don Álvaro de Zúñiga más o menos desde la muerte de Isabel la

(83) Originalmente en portugués: «Ha de vir huu sobrinho do bispo de Losma que he pessoa de huu conto e meio de renda. Ainda nom se diz seu nome». Torre do Tombo, Gavetas, Gav. 2, mç. 10, n.º 20.

(84) Archivo Histórico Diocesano de Plasencia, leg. 101, 6, s.f.

Católica, resulta que las piezas del puzle se mueven solas hacia su sitio. Veámoslo.

El difícil periodo político que siguió a la muerte de la reina Isabel I llevó a que la nobleza castellana se dividiera en dos facciones: la que apoyaba la continuidad del rey Fernando el Católico, y la que esperaba mejores tiempos cuando adquirieran el poder su yerno borgoñón, Felipe el Hermoso, y doña Juana I, la auténtica heredera y única «propietaria» del trono castellano. La inmensa mayoría de las casas nobiliarias se decantó por estos segundos, y entre ellos estuvo don Álvaro de Zúñiga, quien despachó mensajeros a Flandes antes de que la joven pareja acudiera a Castilla. Precisamente Álvaro de Loaysa fue uno de los que ejercieron de mensajeros y representantes del duque de Béjar en la corte de los jóvenes reyes. Nos lo confirma una carta que Felipe I dirigió entonces a Zúñiga: «Duque de Béjar primo: oímos lo que por vuestra parte nos escribió Mr. de Veyré, nuestro embajador, e oímos lo que antes nos habló Loáisá, contino de nuestra casa»⁸⁵.

Según la crónica de Padilla, cuando el duque recibió noticia de los problemas que Felipe y Juana estaban encontrando en su viaje hacia Castilla, llegó a presentarse en Inglaterra a toda prisa, con una nao propia, para prestarles la ayuda necesaria. Después permaneció con ellos por algún tiempo en La Coruña, donde decidieron desembarcar.

La elección coruñesa para aquella ocasión fue fruto del ofrecimiento de otro noble castellano, don Fernando de Andrade, futura *alma mater* de la Casa de Contratación de la Especiería de La Coruña y alguien que tuvo mucho que ver en la organización de la armada de Loaysa al Maluco. Andrade les ofreció el puerto de La Coruña como lugar de desembarco en su primer viaje a España. Él y Zúñiga apoyaron juntos a doña Juana y don Felipe como legítimos sucesores de la reina Isabel de Castilla.

Aunque el rey Fernando terminó marchando a Nápoles mientras estos quedaban al gobierno de Castilla, la inesperada muerte del flamenco en 1506 hizo que tanto doña Juana como el cardenal Cisneros le pidieran que regresara. Así, las casas nobiliarias que habían apoyado las pretensiones de los llegados desde Flandes quedaron en el ostracismo durante los años siguientes, aunque entonces pasaran a maniobrar en favor de Fernando, como fue el caso de los Zúñiga.

Quizá no sea casualidad, sino consecuencia de ello, que las primeras noticias que recibimos de la actividad desempeñada para la Corona por

(85) Carta de Felipe I al duque de Béjar, escrita en Güeldres el 20 de junio de 1505. En SALVÁ y SAINZ DE BARANDA: 1846, p. 300.

García Jofré de Loaysa se produzcan en 1516, escasas semanas después de la muerte del rey Fernando. Si recordamos, fue en este momento cuando acudiría desde Mesina hasta Bruselas para encontrarse en la ciudad flamenca con el joven heredero Carlos.

Don Álvaro de Zúñiga también se dirigió entonces a Bruselas, y de igual modo lo hizo Fernando de Andrade. Coincidieron allí con el comendador Loaysa. Este volvió a encontrarse con don Álvaro cuando la Corte estuvo en Barcelona y en Molins de Rei en 1519, es decir, al regreso de la embajada ante el Gran Turco, y de nuevo en 1525, poco antes de que la expedición al Maluco marchara, con la Corte en Madrid⁸⁶. No es posible que todo esto sean meras coincidencias inconexas. Al revés, más bien parece que estamos viendo asomar la red de relaciones, intereses y fidelidades que relacionaba a los Loaysa con los Zúñiga, familias que mantuvieron una estrecha cercanía durante estos años. En este mismo sentido, tampoco parece casual que la encomienda asignada a García Jofré de Loaysa fuera la salmantina de Barbalos, muy cercana a la ciudad de Béjar. Esta proximidad no solo ha dejado rastro documental, sino que llega a materializarse físicamente. De hecho, no se puede entenderlo de otra forma cuando se sale de visitar la capilla de Hernando de Loaysa en la iglesia placentina de San Nicolás. El edificio que el visitante verá justo enfrente, cruzando la plaza, es el conocido en nuestros días como Palacio de Mirabel, es decir, el palacio ducal de los Zúñiga en Plasencia, que ya existía en el tiempo que nos ocupa. En cierto modo, esta historia se resume allí.

Conclusión

Si recapitulamos, la investigación desarrollada acerca del capitán García Jofré de Loaysa nos ha permitido aproximarnos a su figura desde dos puntos de vista. Por una parte, hemos podido dar a conocer algunos de los hechos que protagonizó antes de ser elegido para liderar la expedición castellana a la Especiería de 1525; así, lo hemos encontrado cumpliendo un doble papel, al servicio de la Orden de San Juan y también de Carlos I, pudiendo concretar cómo ejerció de comendador de Barbalos (Salamanca) para la primera, y de gentilhomme de la Casa de Borgoña para la segunda.

(86) Sobre el encuentro en Madrid dio cuenta el futuro capitán Hernando de la Torre en una de las cartas que escribió desde el Maluco. En Torre do Tombo, Corpo Cronológico, Parte I, mç. 48, n.º 60.

Así, con el Mediterráneo como escenario, lo localizaremos en Mesina en 1516, desde donde acudirá a Bruselas, tras la muerte de Fernando el Católico, para verse con el joven heredero Carlos. En 1517 será designado capitán de las galeras españolas para la defensa de las costas de Granada y Orán de las amenazas berberiscas y turcas, lo que nos permite suponer en él una amplia experiencia previa en la guerra de galeras bajo el pendón de la Orden de San Juan, tal como era propio en los caballeros sanjuanistas de la época desde la isla de Rodas. La confianza que Carlos I depositó en él alcanzó un punto álgido un año después, y esta vez para una misión especialmente delicada, puesto que lo envió ante el Gran Turco como embajador, aunque con fines ocultos de espionaje. A ello hemos dedicado un apartado específico que nos permite identificar al embajador con nuestro protagonista, y hemos relatado tanto el viaje como el encuentro con Selim I gracias a la relación que el propio Loaysa dio sobre ello. A su regreso, desde Barcelona fue enviado a Azuara (Zaragoza) para trasladar la postura de Carlos I contraria a los deseos de los aragoneses, que pretendían modificar la base jurídica del Santo Oficio para adaptarlo mejor a su legislación. Esto ocurrió ya en 1519, y en ese mismo año Loaysa pasó a Nápoles para reunir las naves y ejército que dirigió hasta la isla de Favignana, junto al capitán Diego de Vera, para invernar y atacar la base corsaria berberisca de Los Gelves en la primavera de 1520. Aquella isla –hoy Yerba– fue tomada con no poco esfuerzo bajo el liderazgo de Hugo de Moncada, alguien próximo a Loaysa según alcanzamos a averiguar, y que elogió ante Carlos I su destacado papel en esta acción, por la cual el comendador fue recompensado con 150.000 maravedís.

Aunque los resultados para el periodo referido se puede decir que han sido bastante fructíferos, ocurre lo contrario desde el año 1521, en que le perderemos la pista hasta verlo involucrado en los preparativos de la expedición al Maluco.

Sin embargo, hemos abordado una segunda vía de investigación, que nos ha llevado a ahondar en su faceta más personal, mostrando sus relaciones familiares más cercanas, la actividad de sus hermanos y de su padre y la especial proximidad hacia la familia Zúñiga a que se apunta con todo ello. Esto, además, nos ha llevado a proponer el origen placentino de García Jofré de Loaysa, descartando la procedencia tradicionalmente considerada de Ciudad Real.

La expedición a la Especiería de 1525 requería un líder de la máxima confianza de Carlos V y que ofreciera seguridad a los inversores privados para que arriesgaran su capital en esta apuesta. Por ello se buscó a alguien con amplia experiencia en la mar, la diplomacia y la guerra. Quizá tras esta aproximación a su figura estemos más cerca de comprender por qué

en mitad del océano Pacífico Juan Sebastián de Elcano, en su lecho de muerte, confiaba en Loaysa para llevar a término sus últimas voluntades, y le encomendaba que velara por sus hermanos compañeros de viaje. Le nombró, además, testamentario, cabezalero y administrador de todos sus bienes, en igualdad de condiciones con su propia madre, Catalina del Puerto⁸⁷. Quizá el «muy magnífico señor comendador Loaysa», según lo refirió entonces con el mayor de los respetos, así lo merecía.

Bibliografía

- ARGENSOLA, Bartolomé Leonardo de (1609). *Conquista de las islas Malucas*. Madrid, Alonso Martín.
- (1630). *Primera parte de los anales de la Corona de Aragón, que prosigue los del secretario Gerónimo Zurita desde el año MDXVI*. Zaragoza, Juan de Lanaja.
- BARQUERO GOÑI, Carlos (2009). «La Orden de San Juan y la nobleza en la península ibérica durante la Baja Edad Media (siglos XII-XV)». En RIVERO RODRÍGUEZ, Manuel (coord.) *Nobleza hispana, nobleza cristiana. La Orden de San Juan II*. Madrid, Ediciones Polifemo.
- CAL PARDO, Enrique (2003). *Episcopologio mindoniense*. Santiago de Compostela, Instituto de Estudios Gallegos Padre Sarmiento, CSIC-Xunta de Galicia.
- BROGINI, Anne (2009). «Vivre noble. L'Ordre de Malte et la Croisade au début de l'Époque Moderne». En RIVERO RODRÍGUEZ, Manuel (coord.) *Nobleza hispana, nobleza cristiana. La Orden de San Juan II*. Madrid, Ediciones Polifemo.
- DIOCHON, Nicolas (2008). El establecimiento del Santo Oficio en Aragón y las prácticas supersticiosas: particularidades y figuras aragonesas. *Hispanística XX*, 26: Aragón, una identidad tierra adentro, 53-72.
- FERNÁNDEZ, Alonso (1627). *Historia y anales de la ciudad y obispado de Plasencia. Publicado por Juan González a costa de la ciudad y de la Santa Iglesia de Plasencia*. Madrid.
- FERNÁNDEZ CONTI, Santiago y ZÚÑIGA Y GUZMÁN, Álvaro (2000). «Los Consejos y los consejeros de Carlos V». En MARTÍNEZ MILLÁN, J. (dir.) *La corte de Carlos V III*. Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 481-484.
- FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA, Álvaro (2021, enero-junio). Los procesos de Córdoba y la pugna inquisitorial entre Felipe el Hermoso y Fernando el Católico: las negociaciones romanas (1505-1506). *Sefarad*, 81:1, 107-140.
- FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gonzalo (1557). *Historia general y natural de las Indias*. Valladolid.
- (1950). *Sumario de la Natural Historia de las Indias*. México, Fondo de Cultura Económica.

(87) AGI, Patronato, 38, R.1.

- FUNES, Juan Agustín de (1626). *Coronica de la ilustrissima milicia y sagrada Religión de San Juan Bautista de Ierusalén*. Valencia, Miguel Sorolla.
- GASCÓN PÉREZ, Jesús (2017). «Jurisdicciones en conflicto: el Santo Oficio y el reino de Aragón en el contexto de la Monarquía Hispánica». En GONZÁLEZ RAYMOND, Anita y CARRASCO, Rafael (dirs.) *Las razones del Santo Oficio*. Montpellier, Presses universitaires de la Méditerranée, 163-178.
- GONZÁLEZ CASTRILLO, Ricardo (1994, 3.º trimestre). La embajada de García de Loaysa al sultán Selim I según el ms. II/2222 de la Biblioteca del Palacio Real de Madrid. *Reales Sitios. Revista del Patrimonio Nacional*, 121, 12-20.
- JUEGA PUIG, Santiago (2025). *Galicia y la segunda circunnavegación a la Tierra. Siglo XVI*. La Coruña, Ediciones Cartamar.
- LADERO QUESADA, Miguel Ángel (2016). *Los últimos años de Fernando el Católico, 1505-1517*. Madrid, Dykinson.
- LLORENTE, Juan Antonio (1813). *Anales de la Inquisición de España II. Desde el año de 1509 hasta el de 1530*. Madrid, Imprenta de Ibarra.
- LÓPEZ DE GÓMARA, Francisco (1999) [1552]. *Historia general de las Indias*. Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- MANSO PORTO, Carmen (2024, junio). La Casa de Contratación de la Especiería de La Coruña: orígenes, emplazamiento y funcionamiento (1522-1529). *Revista de Estudios Colombianos*, 20, 23-42.
- MARTÍNEZ MILLÁN, José (coord.) [2000]. *La corte de Carlos V III-4. Los servidores de las casas reales*. Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V.
- MÁRTIR DE ANGLERÍA, Pedro (1670). *Opus Epistolarum, editio postrema*. Ámsterdam, Typis Elsevirianis veneunt apud Fredericum Leonard, typographum Regium. Transcritas en LÓPEZ DE TORO, José (1956). CODOIN XI. Madrid, Imprenta Góngora.
- (1944). *Décadas del Nuevo Mundo*. Buenos Aires, Editorial Bajel.
- MAZÓN SERRANO, Tomás (2024). *La vuelta al mundo maldita. La expedición de Loaysa*. Madrid, Edaf.
- PADILLA, Lorenzo de (1846). «Crónica de Felipe I». En SALVÁ, Miguel y SAINZ DE BARANDA, Pedro (eds.) *Colección de documentos inéditos para la historia de España VIII*. Madrid, Imprenta de la viuda de Calero.
- PIDAL, Marqués de y SALVÁ, Miguel [eds.] (1854). *Colección de documentos inéditos para la historia de España XXIV*. Madrid, Imprenta de la viuda de Calero.
- PIGAFETTA, Antonio y otros (2012). *La Primera Vuelta al Mundo*. Madrid, Miraguano Ediciones-Ediciones Polifemo.
- PULGAR, Hernando del (1780). *Crónica de los Señores Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel de Castilla y de Aragón*. Valencia, Imprenta de Benito Monfort.
- REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA (1853). *Memorial histórico español. Colección de documentos, opúsculos y antigüedades que publica la Real Academia de la Historia VI*. Madrid, Imprenta de la Real Academia de la Historia.

- (1898). Tomos XXXVI a XL. Madrid, Est. tip. de la viuda e hijos de M. Tello.
- RIVERO RODRÍGUEZ, Manuel (2009). «Nobleza, cristiandad y monarquía: una idea y un arquetipo social en construcción durante la Edad Moderna». En ÍDEM (coord.) *Nobleza hispana, nobleza cristiana. La Orden de San Juan* (2 vols.) Ediciones Polifemo.
- RODRÍGUEZ VILLA, Antonio (1892). *La reina doña Juana la Loca: estudio histórico*. Madrid, Librería de M. Murillo.
- SAGARRA GAMAZO, Adelaida (2013, junio). La empresa del Pacífico o el sueño pimentero burgalés (1508-1529). *Revista de Estudios Colombinos*, 9, 21-36.
- SALVÁ, Miguel y SAINZ DE BARANDA, Pedro [eds.] (1846). *Colección de documentos inéditos para la historia de España VIII*. Madrid, Imprenta de la viuda de Calero.
- SÁNCHEZ GONZÁLEZ, Antonio (2021). El archivo señorial de Paracuellos, un fondo documental de los marqueses de Malagón. *Vínculos de Historia*, 10, 278-297.
- SANDOVAL, Prudencio (1634). *Historia de la vida y hechos del Emperador Carlos V, primera parte*. Pamplona.
- SANTA CRUZ, Alonso de (1920). *Crónica del Emperador Carlos V*. Madrid, Imprenta del Patronato de Huérfanos de Intendencia e Intervención Militares.
- SHABAN MURSI, Ebtisam (2011). «Egipto desde la óptica orientalista de un humanista del siglo XVI: el caso de *Legatio Babylonica* de Pedro Mártir de Anglería». Tesis doctoral, British Columbia University (Vancouver).
- UZTARROZ, Juan Francisco Andrés de y ZAPATER LÓPEZ, Miguel Ramón (2024). *Anales de Aragón [Prosiguen los Anales de Bartolomé Leonardo de Argensola dese 1521 hasta 1528] I*. Edición de Javier ORDOVÁS ESTEBAN. Zaragoza, Institución Fernando el Católico, CSIC.
- VÁZQUEZ CAMPOS, Braulio (2009). *Adelantados y lucha por el poder en el reino de Murcia*. Madrid, Alcalá Grupo Editorial.
- ZARAGOZA PASCUAL, Ernesto (2008). Gastos de la reforma del monasterio de Celanova (1512-1526). *Rudesindus*, 3, 191-218.
- ZURITA, Jerónimo (1580). *Historia del rey don Fernando el Católico. De las empresas y ligas de Italia*. Zaragoza.

INFORMACIÓN DE INTERÉS PARA LOS LECTORES

La edición electrónica de la REVISTA puede consultarse libremente en Internet en la página web de la BIBLIOTECA VIRTUAL DE DEFENSA:

Revista de Historia Naval

Esta página permite además hacer búsquedas por texto libre en la siguiente aplicación (Página de inicio > Consulta > Búsqueda):

<http://bibliotecavirtualdefensa.es/BVMDefensa/i18n/consulta/busqueda.cmd>

Para ello se aconseja seguir el siguiente: **Método de búsqueda**

- 1) Escribir texto a buscar en «Búsqueda general» (si es una expresión exacta de varias palabras, entrecomillarlas).
- 2) Marcar la casilla «Buscar en el texto completo».
- 3) Pulsar el botón «Buscar».
- 4) En la columna de la izquierda, seleccionar «Revista de historia naval» para filtrar solamente los resultados de esta publicación. Los resultados que aparecen a la derecha pueden obtenerse directamente en PDF.

La REVISTA puede consultarse también en las siguientes direcciones:

INTERNET DE LA ARMADA (MAR DIGITAL)

Revista de Historia Naval

INTERNET DE PUBLICACIONES DEL MINISTERIO DE DEFENSA

<https://publicaciones.defensa.gob.es/revistas.html>